

LAS AMBICIONES PATRIMONIALES DE SILVIO BERLUSCONI

Buena parte de la opinión pública liberal europea –la francesa y la alemana en particular– respondió a la victoria de Silvio Berlusconi en las elecciones de 2001 con un gesto de malestar. ¿Anunciaba el método de su victoria y la naturaleza de su proyecto un nuevo y limitado modelo de democracia europea, la más ambiciosa de las respuestas populistas a las *malaises* del continente? Y, una vez más, una pregunta repetida a menudo, pero que suena ingenua desde el punto de vista histórico para los oídos italianos más sofisticados: ¿existen paralelismos entre el papel de Italia como precursora a principios de la década de 1920 y lo que está sucediendo ahora?¹ Primo Levi escribió, ya en 1974, que «cada época tiene su fascismo» y avisó de que «se puede llegar a esa situación de muchas formas, no necesariamente a través del terror y la intimidación policial, sino también a través de la ocultación o la manipulación de la información, la contaminación del sistema judicial, la paralización del sistema educativo².

Opuesta a esta interpretación se encuentra la gran mayoría de la opinión oficial e institucional italiana, incluido el núcleo duro de los Democratici di Sinistra (Demócratas de Izquierda), cuyo presidente es el ex primer ministro Massimo D'Alema. En su opinión no existe un riesgo real de un régimen incipiente. *Il Manifesto* sigue vendiéndose libremente en los quioscos, el derecho de asociación no ha sido puesto en cuestión, y el canal televisivo RAI 3, incluso en el marco del sistema de televisión menos libre de toda Europa, sigue produciendo sátiras antiBerlusconi y emitiendo informativos de orientación liberal e izquierdista. Italia, desde este punto de vista, está abandonando, aunque sea de forma costosa y melodramática, el sistema de la representación proporcional y los gobiernos débiles para conseguir un fortalecimiento del poder ejecutivo y un sistema de alternancia entre la derecha y la izquierda en el poder. En todo caso, es la incompetencia de este gobierno, no su concentración de poder, lo que pone a Italia

¹ Véase, por ejemplo, Ignacio RAMONET, «Berlusconi», *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2002.

² Artículo del *Corriere della Sera*, 8 de mayo de 1974, reimpresso en P. LEVI, *Opere*, vol. I, Turín, 1997, p. 1.187.

en peligro. Michele Salvati escribió en una columna en *La Repubblica* hace un año: «Nunca he creído, y sigo sin hacerlo, que la coalición de centro-derecha suponga una “amenaza para la democracia”, si le damos a este término un sentido estricto»³. Merece la pena preguntarse si tiene razón.

Los conceptos berlusconianos

Si se examinan con atención los dos volúmenes de discursos de Berlusconi publicados antes de las últimas elecciones, que incluyen los pronunciados durante el periodo comprendido entre 1994 y 2000, a uno le sorprende cuánto espacio se le dedica al concepto de libertad y qué poco al de democracia⁴. La libertad que Berlusconi tiene en mente es sobre todo «negativa», la clásica liberación respecto de interferencias o impedimentos. Los individuos tienen que disfrutar de una condición de libertad tal que les permita, en una expresión tomada del Risorgimento, *fare da sé*, es decir, «arreglárselas por sí mismos», expresar su individualidad al máximo. La economía y la sociedad tienen que ser liberadas en el mismo sentido «de las cadenas opresivas, del peso de la burocracia y de los procedimientos extenuantes, de la presión fiscal que ha crecido demasiado y demasiado rápido». La competencia incrementa esta libertad: «Todo el mundo debe ser libre de poder ofrecer sus propios bienes, servicios e ideas a sus iguales, que pueden decidir libremente si las aceptan o las rechazan. Cualquier limitación de la competencia es equivalente a una violación de la libertad y los derechos de todos». Este discurso le resultará familiar a cualquier oído anglo-estadounidense⁵.

La libertad «positiva», por otra parte, recibe poca atención. Para funcionar, el mercado crea de forma espontánea una ética del trabajo, así como los principios morales de la lealtad y la honestidad. Son estos valores los que faltan en la esfera política. El Estado, por mucho que lo intente, no puede legislar para que los valores se encarnen. En realidad, deberíamos mirar con desconfianza cualquier intento de hacer tal cosa, así como de limitar la libre competencia en nombre de la colectividad. Tras cada intervención en este sentido acechan siempre «los intereses de ciertos grupos y clases, cuyo apoyo electoral es buscado por aquellos que ostentan el poder». Cualquier cosa que vaya más allá del «Estado mínimo» es una amenaza potencial para la persona del ciudadano: «¡No podemos aceptar su deseo de controlarlo todo, la invasión de nuestras vidas, su pretensión de regular nuestras actividades!»⁶.

³ Michele SALVATI, «Berlusconi, il passato e le ingenuie colombe», *La Repubblica*, 12 de diciembre de 2001.

⁴ S. BERLUSCONI, *Discorsi per la democrazia y L'Italia che ho in mente*, Milán 2000. Hay, por supuesto, un fuerte posicionamiento político e intelectual en estas intervenciones, que a menudo tienen poco que ver con las prácticas reales de Forza Italia. Esto es especialmente válido para los discursos preparados por Berlusconi para pronunciarlos en el Parlamento (*Discorsi per la democrazia*).

⁵ Véase S. Berlusconi, *Discorsi per la democrazia*, cit., p. 22, y *L'Italia che ho in mente*, cit., p. 114.

⁶ S. Berlusconi, *L'Italia che ho in mente*, pp. 114–117, 201.

Respecto de la democracia, cuando Berlusconi le presta alguna atención, su discurso se limita a la necesidad de que se celebren elecciones regularmente y de que el electorado tenga derecho de votar directamente a personas individuales: el presidente del Consejo de Ministros, el presidente de cada región e, idealmente, el presidente de la República. La suya es una visión que se centra en la regularidad y la personalidad. La necesidad de consultar al electorado se hizo especialmente importante en 1995, cuando la coalición de centro-derecha rechazó un referéndum que parecía beneficiarle. Lo que nunca es tomado en consideración, y no debería ser una sorpresa, es el contexto comunicativo y cultural en el que se producen las elecciones o las diferentes fuentes a las que cada candidato tiene acceso. Del mismo modo, se le presta poca atención a las consecuencias benignas de un equilibrio de poderes en el Estado democrático. La autonomía judicial es considerada un anatema.

La visión que Berlusconi tiene de la política está basada, por lo tanto, en la combinación corrosiva de libertad negativa y democracia formal personalizada. La combinación es corrosiva porque la libertad negativa, sin el acompañamiento de su contraparte positiva, socava fatalmente el intento de defender los intereses colectivos. Niega la posibilidad para una comunidad dada de establecer, en nombre del bien colectivo, un sentido del límite y un marco necesario en el que pueda producirse la autorrealización⁷. Propicia en cambio la aparición en la sociedad civil de individuos en exceso poderosos sin ninguna voluntad de someterse a un imperio de la ley debilitado. Son libres –demasiado libres, me atrevería a sugerir– de *fare da sé*. Al mismo tiempo, las reglas de la democracia, limitadas a las cuestiones de la regularidad y la personalidad, no hacen nada para garantizar un nivel y un terreno justo en el que puedan celebrarse las elecciones. Existen pocas restricciones, si es que existe alguna, que impidan el surgimiento de nuevos agentes, emergentes del sector terciario y, en particular, del mundo de los medios de comunicación, las finanzas y el espectáculo, que usen sus enormes recursos económicos y mediáticos para influir fuertemente, y a veces, bombardear, la esfera política. Se abre así el camino a la creación de modernas figuras patrimoniales y carismáticas.

Las realidades históricas de tales procesos son como mínimo complicadas y en absoluto lineales. Algunos de los mayores empresarios de la comu-

⁷ El texto clásico sobre la distinción entre libertad negativa y positiva es, por supuesto, el de Isaiah BERLIN, «Dos conceptos de libertad» (1958), *Four Essays on Liberty*, Londres, 1969. Las posibilidades de autoritarismo implícitas en la libertad positiva están siempre presentes en el pensamiento de Berlin, tal vez, de forma excesiva; sin embargo, parece esencial insistir, como ha hecho Charles Taylor, en que «la libertad reside al menos en parte en el control colectivo sobre la vida común» (Ch. TAYLOR, «What's Wrong with Negative Liberty», en Alan RYAN (ed.), *The Idea of Freedom: Essays in Honour of Isaiah Berlin*, Oxford 1979, p. 175). Para una interesante visión reciente de este debate, y la sugerencia de una tercera noción de libertad como ausencia de dependencia, véase Quentin SKINNER, «A Third Concept of Liberty», en *Proceedings of the British Academy*, vol. 117, 2001 Lectures, Oxford 2003.

nicación, incluido el más poderoso de todos, Rupert Murdoch, han elegido utilizar su influencia política de forma indirecta. Son claramente patrimoniales (Murdoch tiene ambiciones de posesión y control en los cinco continentes), pero rara vez carismáticos. Los malhadados Bernard Tapie en Marsella y William Bloomberg en Nueva York han utilizado la política local como base de su poder. Cem Uzan, en Turquía, fundador de la primera televisión de pago del país, Star TV, ha tratado de introducirse recientemente en el mundo de la política, pero con escaso éxito. Las trayectorias varían, como lo hace el grado de presión legal y política ejercida sobre la libertad de acción de tales figuras. Tienden a tener éxito en contextos, como los del sur de Europa y Sudamérica, en los que la política, incluso en su forma democrática, ha estado dominada durante mucho tiempo por un patronazgo y un clientelismo fuertemente arraigados⁸. Pero, como veremos, su ascenso al poder y su influencia no se ha limitado a estos escenarios.

El candidato

Las elecciones de Italia de 2001 pueden leerse como un caso de estudio interesante de los procesos que se han venido produciendo en una democracia plural y compleja de más de cincuenta años. La campaña de Silvio Berlusconi estuvo apoyada por una gran opulencia de medios que la laxa legislación electoral italiana permite e incluso potencia. El panfleto ilustrado de 127 páginas titulado *Una storia italiana* se dedicaba a sus logros empresariales, deportivos y políticos, así como a la idílica relación que mantiene con su familia y sus amigos («Amistad, fidelidad, lealtad, un gusto por la aventura, alegría, curiosidad intelectual: ésas son las características del “clan Berlusconi”»)⁹, y fue distribuido en 15 millones de hogares italianos. Las estadísticas televisivas explicitaron la apabullante presencia de Berlusconi en sus propios canales y la paridad de éste con sus opositores en la RAI. Para personalizar su campaña, Berlusconi insistió en que la suya tenía que ser la única cara de los carteles de Forza Italia. Durante la campaña, fue así posible ver su cara sonriente repetida miles de veces en vallas publicitarias colocadas en las estrechas calles de Nápoles o la misma cara, agrandada más allá de toda medida, mirando solemnemente desde lo alto de un templete publicitario erigido en la entrada de la estación de Florencia. Una concentración semejante de atención en una sola figura era algo totalmente nuevo en la historia de la República italiana.

Tras esta presentación carismática se escondía una sustancia poderosa. Después de la caída precoz de su primer gobierno en diciembre de 1994, cuando su coalición de fuerzas derechistas cayó tras mantenerse tan sólo

⁸ Puede encontrarse un tratamiento fundamental de este tema, que cubre los Balcanes y América Latina, aunque no Italia, en N. P. MOUZELIS, *Politics in the Semi-Periphery*, Londres, 1986.

⁹ *Una storia italiana*, Milán, 2001, p. 38.

seis meses en el poder, Berlusconi se decidió a aprovechar los años siguientes que pasó en la selva política. Por encima de todo, aseguró las bases económicas de su imperio. Como resultado de una diversificación excesiva y precipitada, Fininvest se había endeudado peligrosamente tras 1989. El precario estado financiero de la compañía, así como la necesidad de preservar su casi monopolio de la televisión comercial, se encontraba entre los motivos que habían llevado a Berlusconi a entrar en la política a principios de 1994. No era éste el caso siete años después. La reorganización y apertura de Fininvest realizada por Franco Tatò entre 1993 y 1996, la salida exitosa de Mediaset al mercado de valores, la continuidad de su liderazgo en la televisión comercial gracias a la aquiescencia del gobierno de centro-izquierda, la venta de los deficitarios supermercados Standa: todas estas decisiones aseguraron que Berlusconi entrara en la escena electoral en 2001 en una posición mucho más fuerte¹⁰. Se había convertido en el hombre más rico de Europa, con un patrimonio estimado de cerca de 10.000 millones de dólares¹¹. Este patrimonio creciente se convirtió en el lubricante esencial tanto de su propio partido como de la coalición que se escondía tras el nombre de Casa delle Libertà, la Casa de las Libertades.

La solidez del proyecto de Berlusconi se manifestó también en otras áreas. A tenor de su nuevos estatutos de 1997, Forza Italia se reorganizó como una máquina eficaz para movilizar el apoyo electoral, con una presencia capilar en toda la península. A finales del año 2000 tenía más de 300.000 afiliados¹². En Europa, una estrategia paciente para ganarse la aceptación entre los demócratacristianos se vio coronada por el éxito en diciembre de 1999, con la entrada de Forza Italia en el PPE; a Helmut Kohl y José María Aznar les preocupó poco aceptar sus 25 votos en el Parlamento Europeo. En el interior del país, los vínculos con la Liga Norte de Umberto Bossi se reforzaron poco a poco tras la traumática división de 1994. Las tensiones entre los posfascistas, nacionalistas y centralistas de Gianfranco Fini y el partido de Bossi, regionalista e incluso secesionista, fueron limadas por completo.

El propio programa de Berlusconi era contundente y sencillo: menos impuestos, esfuerzos para hacer más eficaz la Administración pública, trabajo público para los parados y subempleados del sur del país, mayor

¹⁰ Para obtener más detalles sobre el resurgimiento de la fortuna de Fininvest, véase el muy útil M. MOLteni, *Il gruppo Fininvest. Imprenditorialità, crescita, riassetto*, Turín, 1998. Para obtener detalles sobre Mediaset, el grupo mediático de Berlusconi, que salió al mercado de valores en julio de 1996, y del que Fininvest posee el 48,2 por 100 de las acciones, véase www.gruppomediaset.it.

¹¹ www.forbes.com/finance/lists.

¹² E. POLI, *Forza Italia. Strutture, leadership e radicamento territoriale*, Bolonia, 2001, tabla 8.3, pp. 121 y ss. y 250. El índice de afiliación es más alto en las tres regiones del norte—Lombardía, Piamonte y el Véneto—, en el Lacio y en las regiones meridionales de Puglia, Campania y Sicilia.

seguridad en las ciudades, combatir la inmigración ilegal y su relación con el crimen menor y mayor, reforma del sistema judicial y final de las acciones punitivas de los magistrados excesivamente independientes.

Los que ocupan el poder...

Frente a él se encontraba la coalición gobernante de centro-izquierda, insegura, desmoralizada en parte y profundamente desunida. La cultura del reformismo del Olivo, excepto pocas excepciones, era un derivado de la del Banco de Italia: liberal, racionalizadora, atenta al equilibrio presupuestario. Todas ellas virtudes importantes en una esfera política poco señalada por esas cualidades. Pero no era bastante. El centro-izquierda había gobernado desde arriba, con reformas, leyes y regulaciones que se anunciaban a una ciudadanía pasiva en lo esencial. Una visión semejante de la política reflejaba el pesimismo de Massimo D'Alema, convencido de la irresponsabilidad natural de la sociedad italiana. No hubo ningún intento de aumentar el apoyo y la implicación sociales, de crear un clima de entusiasmo que pudiera haber sostenido algunas de las más loables iniciativas del gobierno. En más de una esfera, como con la reforma educativa y la situación de los profesores, exactamente ocurrió lo contrario. En 2001 el centro-izquierda dijo que había gobernado bien, y en algunos aspectos era cierto; pero el país sentía muy poco entusiasmo, o incluso conocimiento, de lo que se había hecho.

Al mismo tiempo, no mostró ninguna capacidad de reconocer el peligro potencial para la democracia que supone la emergencia de una figura como la de Berlusconi. No se aprobó ninguna ley de conflictos de intereses durante los cinco años de gobierno de centro-izquierda. No se produjo ninguna reforma del sistema italiano de medios de comunicación. No se adoptó ninguna medida ante el hecho de que Berlusconi fuera a la vez el líder de la oposición y estuviera siendo procesado por diversos delitos graves. Se creó, por el contrario, un clima de opinión que favorecía la indulgencia y la falta de resolución no sólo en lo referente a Berlusconi, sino también en los juicios a la mafia y en los procesos de Tangentopoli¹³. Además, el centro-izquierda fue incapaz de volver a alcanzar el nivel de unidad electoral que le había proporcionado una ajustada victoria en 1996. Ya en 1998 la frágil tregua política se había roto cuando Rifondazione Comunista derribó al gobierno popular dirigido por Romano Prodi. En 2001, el partido de Antonio di Pietro, el antiguo magistrado «héroe de Tangentopoli», rechazó (o, de acuerdo con él, «fue rechazado») un acuerdo electoral. El 3,9 por 100 de los votos que obtuvo este partido fue, por lo tanto, desperdiciado y, en consecuencia, se perdieron muchos escaños marginales en el Congreso de los Diputados. Rifondazione Comunista se presentó también en solitario a las elecciones del Senado, aunque no a la de los escaños uninominales del Congreso de los Diputados.

¹³ Véanse los comentarios de los magistrados antimafia Giancarlo Caselli y Antonio Ingroia en su libro *L'eredità scomoda*, Milán, 2001, p. 175.

El centro-izquierda entró así en combate en baja forma y con un programa insuficiente. Incluso en estas condiciones, la victoria de Berlusconi estuvo lejos de ser aplastante. En la competición por los escaños unipersonales del Congreso de los Diputados (el 75 por 100 del total), la Casa de las Libertades ganó el 45,4 por 100 de los votos frente al 43,8 por 100 obtenido por la coalición del Olivo. En la competición proporcional (que se reparte el 25 por 100 restante de los escaños), la distancia entre los dos grupos fue mucho mayor: 49,6 por 100 para los partidos de la Casa de las Libertades, 40,6 por 100 para el Olivo más Rifondazione Comunista. Los votantes deseaban claramente votar a una coalición de centro-izquierda antes que a sus componentes por separado. En el Senado, el Olivo más Rifondazione Comunista obtuvieron de hecho más votos que sus oponentes (el 44,2 contra el 42,9 por 100). De todos modos, la ausencia de acuerdos previos les costó el obtener casi el mismo número de senadores que sus oponentes, algo que habría limitado considerablemente el margen de maniobra de Berlusconi. Al final, gracias a la nueva ley electoral de 1993, la Casa de las Libertades obtuvo una muy confortable mayoría en ambas cámaras: 368 escaños contra 261 en el Congreso y 176 contra 134 en el Senado. Se abría así la puerta a un gobierno sin trabas.

La sociología electoral de Italia

Tal vez valga la pena hacer una o dos observaciones sobre las conexiones que existen entre las tendencias estructurales seculares presentes en la sociedad italiana y las pautas de voto de 2001. La presencia inusualmente amplia y vital de autoempleados en toda la península, y más específicamente de empresas y comercios familiares, ha hecho que la tarea de la izquierda nunca haya sido fácil. Naturalmente, no se verifica una simple traducción de la fuerza de los autoempleados en votos de la derecha. Como es sabido, las regiones del centro de Italia han desarrollado una tradición dinámica de pequeñas empresas y distritos industriales sin perder buena parte de la fidelidad electoral hacia la izquierda que ha sido característica desde la guerra¹⁴. Sin embargo, la sospecha hacia un Estado perezoso, pero en ocasiones punitivo, y la necesidad de mantener una libertad «negativa» frente a sus controles y sobre todo a sus impuestos forman parte del discurso natural de estos estratos de la sociedad italiana. Los demócratacristianos entendieron esto en los albores mismos de la historia de la República. La palabra *Libertas* se situaba en el centro de su vocabulario político y adornaba el escudo cruzado que era el símbolo electoral del partido. La protección (los planes de pensiones) y el *laissez-faire* (hacer la vista gorda ante la evasión de impuestos) estaban en el corazón de su estrategia frente a los autoempleados, tanto rurales como urbanos.

¹⁴ C. TRIGILIA, *Grandi partiti e piccole imprese*, Bologna, 1986; F. RAMELLA, «Still a “Red sub-culture?” Continuity and change in central Italy», *South European Society and Politics*, vol. V, núm. 1, 2000.

La Casa de las Libertades de Berlusconi es heredera consciente de esas tradiciones. En las elecciones al Congreso de los Diputados de 2001, el 63,4 por 100 de los empresarios y profesionales liberales votaron por la Casa de las Libertades, el 31,7 por 100 por el Olivo. Las cifras correlativas correspondientes al voto de comerciantes, artesanos y otros autoempleados fueron el 54,2 y el 34,7 por 100 respectivamente¹⁵.

Otra conexión importante entre la Democracia Cristiana y la Casa de las Libertades, que también trabaja en perjuicio de la izquierda, reside en las pautas de comportamiento seculares de voto según el género. Tras la guerra la cultura de la Iglesia y la de la mujer italiana se solaparon de manera muy fuerte. El acceso de Italia y Francia al sufragio universal se produjo entre 1945 y 1947 con cierta agitación. Casi 60 años después, las mujeres de más de 55 años y las católicas practicantes siguen mostrando una preferencia muy marcada por el centro-derecha. De todos modos, la pauta de voto de las mujeres en las elecciones de 2001 no se limita a este hecho poco sorprendente. Un extraordinario 44,8 por 100 de las amas de casa –un grupo social bastante significativo en sí mismo, dado el bajo porcentaje de ocupación femenina en Italia– votó no ya por el centro-derecha, sino en concreto por Forza Italia. Más aún, cuanto más televisión veían esas mujeres, mayor era su tendencia a votar a Silvio Berlusconi. El 42,3 por 100 de las que veían más de tres horas diarias de televisión votó a Forza Italia, en comparación con el 31,6 por 100 de las que la veían sólo una o dos horas diarias¹⁶. Las conexiones entre el trabajo doméstico y los anuncios de productos, entre el consumo de bienes y la formación de subjetividades, entre la visión femenina y los mensajes de la carismática figura masculina del político pueden encontrarse aquí de forma notable.

Por el contrario, hay que destacar que las mujeres que trabajan y tienen entre 45 y 54 años (la «generación de 1968») y la generación de mujeres más jóvenes, de entre 18 y 24 años, votaron de manera significativa al centro-izquierda. De todos modos, no puede decirse que la izquierda haya capitalizado la disposición favorable de estos sectores. En el contexto de la misoginia general de las instituciones públicas italianas, la izquierda en general nunca ha emprendido una batalla decidida por la igualdad de oportunidades y los Demócratas de Izquierda en particular no son vistos como el partido de la emancipación femenina, independientemente de lo que se entienda por ella. El Ministerio de Igualdad de Oportunidades siguió siendo lamentablemente una institución con escasos recursos y personal durante los gobiernos de centro-izquierda de los periodos de 1996-2001¹⁷.

¹⁵ ITANES, *Perché ha vinto il centro-destra*, Bologna, 2001, p. 63, tabla 4.2.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 50-52.

¹⁷ Véase el valioso testimonio de la socióloga Laura Balbo, ministra de Igualdad de Oportunidades entre 1998 y 2000: *Riflessioni in-attuali di una ex ministro*, Soveria Manelli, 2002.

A estas consideraciones de clase y género deben añadirse las de tradición regional y desarrollo. Toda una escuela de historiografía italiana reciente nos ha enseñado a ser prudentes a la hora de hablar de la existencia de un único «Sur» o, para el caso, de un único «Norte»¹⁸. Sin embargo, la debilidad histórica de la izquierda en buena parte del sur de Italia ha tenido un alto coste. Durante muchas décadas, se opuso la experiencia de Resistencia en el centro y norte del país entre 1943 y 1945 a la revolución pasiva del Reino del Sur durante el mismo periodo. Si la causa republicana se impuso a la monarquía por un margen estrecho en el referéndum de 1946, fue sobre todo gracias a los votantes del centro y del norte, con la ayuda preciosa pero limitada de los campesinos pobres de Basilicata y Calabria. La naturaleza arcaica y rural del sur en 1946 hace mucho que desapareció, pero la debilidad estructural del voto de izquierda ha permanecido. Las regiones clave del sur, Puglia y Sicilia en particular, fueron decisivas para la victoria de Berlusconi en 2001. En un proceso de modernización caracterizado por su pulverización, por la distribución de beneficios en metálico a familias individuales, por altas tasas de desempleo juvenil, por una cultura ininterrumpida de patronazgo y clientelismo y por la connivencia encubierta de la clase política con el crimen organizado, la izquierda rara vez ha encontrado los temas o las personalidades alrededor de las cuales pudiera formarse una visión diferente de la modernidad. La excepción reciente y sorprendente de Antonio Bassolino, primero alcalde de Nápoles de enorme popularidad y ahora presidente de la densamente poblada región de Campania, sugiere que ésta no es una tarea imposible.

De todos modos, la vulnerabilidad regional de la izquierda no se limita en absoluto a ciertas zonas del sur. En el norte del país, ésta también tiene problemas específicos. Lombardía-Venecia, una vez la joya de la corona imperial de los Habsburgo, y ahora la zona de Italia más dinámica y próspera desde el punto de vista económico, ha redescubierto en los últimos veinte años una unidad de proyecto económico y de persuasión política que de hecho ha marginalizado a la izquierda. Las provincias del Véneto y muchas de las lombardas han expresado una cultura dominante, aunque no exclusiva, de pequeñas empresas familiares, consumo notable y xenofobia. Han realizado una transición casi indolora de ser los feudos de la Democracia Cristiana a convertirse en devotos seguidores de Umberto Bossi, y ahora de abandonar a la Liga Norte para abrazar a Forza Italia. El centro-izquierda ha quedado todavía más marginado. En las últimas elecciones su representación parlamentaria quedó reducida al singular enclave de Trieste, la laguna veneciana y las zonas montañosas de Trento y Belluno.

La crisis no es sólo provincial. El caso de Milán ha resultado crucial. No es que la capital bancaria y comercial de Italia haya sido siempre el cen-

¹⁸ Sobre todo los trabajos de la revista académica *Meridiana*; y R. LUMLEY y J. MORRIS (eds.), *The New History of the Italian South: the Mezzogiorno Revisited*, Exeter, 1997.

tro de la izquierda, sino que en pleno auge del periodo fordista en la historia de la República (alrededor de 1955-1975), ésta se jactaba de poseer 400.000 trabajadores del metal en su conurbación, concentrados en varias de las más famosas fábricas del país. En 1961, uno de cada cinco trabajadores metalúrgicos estaba contratado en una fábrica de la provincia de Milán. No es casual que la ciudad fuera comparada con Birmingham. El rápido proceso de desindustrialización posterior a 1980 y la simultánea emergencia de Milán como cuartel general de la industria de alta tecnología italiana y de la televisión y el imperio publicitario de Berlusconi cambiaron de forma radical el equilibrio de las fuerzas en la ciudad¹⁹. En la izquierda, la vieja ideología obrerista ya no tenía una base sustantiva en la realidad y tampoco emergieron propuestas frescas que la reemplazaran.

¿Un proyecto?

Existe la tentación, y en más de una ocasión a lo largo del siglo xx la opinión pública europea tanto liberal como conservadora ha caído en ella, de no tomarse en serio los proyectos personales de obtener poder político. El propio Berlusconi, mediante sus bromas y sus payasadas en los encuentros internacionales, su sonrisa perpetua y su lenguaje corporal expansivo (con el brazo derecho enroscado paternalmente alrededor de la espalda de un colega o amigo), se ha ganado una imagen peculiar fuera de Italia, aunque sólo en parte coincide con la que desea proyectar. Para muchos de los participantes en la escena pública europea, es el italiano arquetípico, amigable y generoso, divertido y que inspira poca confianza. Las apariencias, en cambio, pueden engañar. El suyo es un proyecto político serio, que saca su fuerza de algunos de los cambios más profundos de la sociedad contemporánea así como del neoliberalismo. Tal vez no tenga éxito. La supervivencia es lo principal para él, y sus programas políticos y económicos sufren de un exceso de improvisación. Los dos primeros años que pasó en el gobierno, como veremos en seguida, no fueron como esperaba. Sin embargo, la forma en la que sobrevivió y prosperó entre 1996 y 2001 deberían servirnos de aviso para no subestimarle o despreciarlo a la ligera. La historia, en cualquier caso, nos ha enseñado a tener cuidado de los hombres pequeños con grandes ambiciones.

Berlusconi alberga la ambición de ostentar el control personal y carismático del Estado democrático moderno. Esta ambición no encaja en el lenguaje utilizado en los enfrentamientos frontales entre dictadura y democracia típicos de la primera mitad del siglo xx. Más bien, adopta, por necesidad e intención, el lenguaje del Imperio, los valores universales de la libertad y la democracia, la justicia y la prosperidad, que residen en el

¹⁹ Una lectura esencial para comprender este proceso es John Foot, *Milan since the Miracle*, Oxford, 2001.

corazón del proyecto global estadounidense²⁰. Éste es el marco de las ambiciones de Berlusconi, los límites del complejo pasaje de persuasión en el que debe trabajar. Para hacerlo, utiliza tanto recursos nuevos como viejos. Hace uso de su profunda experiencia en el campo de las técnicas y métodos modernos de comunicación de masas, consciente del grado en el que éstos penetran en la esfera doméstica. A la vez, una buena parte del contenido de sus mensajes no es en absoluto novedosa, sino que hace referencia a códigos vigentes desde hace mucho tiempo en la sociedad italiana y mediterránea.

I. SOCIEDAD, DEMOCRACIA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

La lógica de la política democrática y la lógica de la televisión chocan entre sí con facilidad. La política democrática depende de procesos largos y complejos, sometidos a la difusión del poder y a la participación en la toma de decisiones. Sus unidades temporales son prolongadas y sus narrativas a menudo son poco dramáticas. Es escéptica respecto de las figuras carismáticas. La televisión, por otra parte, al menos tal y como existe actualmente, necesita personalidades, asuntos de «actualidad», conflictos, dramas y minidramas, duelos verbales. Sus unidades temporales están altamente comprimidas y sus narrativas son arquetípicas. En la tensión que existe entre ambos, es la lógica de los medios de comunicación la que ha triunfado. Los políticos de todas las creencias se adaptan a sus exigencias, celebran sus personajes televisivos, practican sus discursos. El poder manejado por los líderes, protegidos cuidadosamente por asesores de imagen y grupos de consejeros, ha crecido de manera exponencial. Al mismo tiempo, los mercados de los medios de comunicación han sido testigos de un proceso espectacular de concentración, tanto vertical como horizontal. Las empresas genéricas de cada medio han crecido cada vez más; en consecuencia, se han producido fusiones entre empresas de diferentes tipos de medio, lo que ha facilitado mucho la «promoción cruzada». El mercado de los medios de comunicación contemporáneo no está diseñado para los peces pequeños, y las cadenas públicas parecen, cada vez más, bastiones asediados²¹.

Los miembros de la oligarquía de la televisión global, de la que Silvio Berlusconi es un ejemplo fascinante, se distinguen por una serie de rasgos comunes: una atención feroz a los índices de audiencia de los que depende la publicidad, que es la sangre que los mantiene vivos; una tendencia insaciable a la adquisición; un marco cultural limitado y conformista. Todo esto quiere decir que un medio no está seguro en sus manos. Puede que en algunos casos decidan experimentar y dejar cierta independencia editorial a sus subordinados, pero a la larga juegan seguro,

²⁰ Michael HARDT y Antonio NEGRI, *Empire*, Cambridge (MA), 2000, pp. 17 y ss.

²¹ Thomas MEYER (con Lewis HINCHMAN), *Media Democracy*, Oxford, 2002; Gillian DOYLE, *Media Ownership*, Londres, 2002.

pretenden obtener grandes beneficios y producen una televisión de calidad repetitiva y poco edificante, saturada de anuncios y técnicas de venta de todo tipo. Las televisiones privadas son, por supuesto, propiedad de personas extremadamente ricas y están dirigidas por directivos que cobran salarios elevadísimos, pero sus consumidores se encuentran a menudo en el lado opuesto del espectro social. En Estados Unidos, Italia y en todas partes, las familias con los niveles más bajos de educación e ingresos son las más dependientes de la televisión. Son también las que tienden a involucrarse menos en la sociedad civil. Su pasividad y su ausencia de conciencia ante lo público no son antidotos eficientes contra los mensajes dominantes que las pantallas de televisión les proyectan. Son precisamente ellos quienes se muestran más susceptibles de responder de forma positiva a la «lectura preferente» de los mensajes codificados en los textos mediáticos.

En este contexto tenemos que examinar la situación italiana actual. Durante el periodo comprendido entre 1988 y 1995, la media diaria de tiempo pasado viendo la televisión en Italia creció de las 2 horas 53 minutos a las 3 horas 35 minutos. En 1996, Mike Bongiorno, presentador de un veterano concurso televisivo italiano, dijo acerca de uno de sus programas: «Las estadísticas nos dicen que los niños italianos de cinco a seis años ven la televisión entre tres y cuatro horas diarias y que los mayores la ven aún más. En Italia vivimos para la televisión, sacamos nuestras conversaciones de ella. [...] Todo lo que hacemos lo hacemos pensando en la televisión»²².

Sueños televisivos

La cuestión del consumismo, con su ciclo perpetuo de deseo, adquisición, uso, desilusión, rechazo y deseo renovado, resulta central para la creación de una cultura televisiva de aceptación de masas. Las amas de casa que votaron masivamente por Silvio Berlusconi, y que ven tanto la televisión, son bombardeadas por propuestas de compra cada 15 minutos a lo largo de todo el día. Sus hijos están sometidos a unos anuncios igual de insistentes. El trabajo de Tilde Giani Gallino sobre las familias italianas a principios del milenio refleja el resultado de ese bombardeo: descubrió que los dibujos que los niños hacían de sus propias familias hacían referencias frecuentes y sorprendentes a sus propios zapatos, a menudo zapatillas de deporte con el logo de Nike, Adidas o Reebok. La identidad individual se formaba y se expresaba así en el contexto de mensajes publicitarios cuidadosamente dirigidos. Éstos son luego traducidos y adquieren forma material en el mundo de las compras²³.

²² Citado en A. GRASSO, *Storia della televisione italiana*, Milán, 2000, p. 623.

²³ Tilde GIANI GALLINO, *Famiglie 2000. Scene di gruppo con interni*, Turín, 2000, pp. 42-53. El estudio es particularmente valioso por las comparaciones que establece con las investigaciones que la autora realizara dos décadas antes: *Il complesso di Laio*, Turín, 1977. Para los procesos generales: D. MILLER, *The Dialectics of Shopping*, Chicago, 2001.

Con el aumento del consumo moderno, se ha concedido un mayor énfasis que antes a lo que Colin Campbell ha llamado el «hedonismo moderno imaginativo y autónomo»²⁴. El núcleo de este concepto reside en el anhelo y en la disposición a soñar despiertos. La práctica visible del consumo se convierte tan sólo en una pequeña parte de un complejo modelo de hedonismo individual, que básicamente transcurre en la imaginación del consumidor. Los cambios en los anuncios de televisión responden a esta tendencia. De la tradicional insistencia en la calidad del producto y en los beneficios que reporta a los consumidores, en Italia como en otros lugares, los anuncios han venido a concentrarse cada vez más en el elemento emocional y pasional de la comunicación. Los anuncios han pasado a aludir tanto a estilos de vida «virtuales» como a productos reales. El individuo es estimulado a autonomizarse. Ahí surge la paradoja de una invitación a la libertad y posibilidad de elección absolutas, difundida por un sistema televisivo absolutamente conformista.

El consumismo, sin embargo, no es el único pilar de esta construcción. Igualmente existe un potente aspecto normativo. Éste ya no aprieta la garganta de los italianos, como hacía la propaganda católica de los primeros días de la televisión, sino que se ha hecho sutil y acumulativo. Los anuncios, los programas de variedades y las telenovelas de la televisión italiana transmiten una anodina pero incesante versión de cuáles *deberían* ser los valores y la vida de la familia italiana. La familia se contempla como una entidad afectiva pero también ambiciosa e incluso voraz; como la sede de las iniciativas empresariales y del ahorro, así como del consumo. En un plano ideal, vive su vida cotidiana rodeada de una multiplicidad de bienes de consumo: coches, teléfonos móviles, televisiones, ordenadores... Sus valores son tolerantemente católicos, vagamente inclinados hacia la igualdad de género, pero concediendo todavía un papel central a las madres como proveedoras de servicios: emocionales, gastronómicos, de lavandería y como secretarías. La familia de la televisión italiana es *familista*, en el sentido de que se antepone sus propios impulsos e intereses adquisitivos y en muy pocas ocasiones se la retrata con una disposición a sacrificar cierta porción de éstos por el bien de la sociedad civil, menos aún por el Estado. Es la encarnación de la libertad «negativa».

En este sentido, estas familias imaginarias pertenecen a Berlusconi. Son pulcras, bien situadas, deportistas, divertidas, computerizadas, proestadounidenses, trotamundos, orientadas hacia los negocios y privatizadas. Ellas son, por utilizar una expresión italiana, profundamente *per bene*, en el sentido de este término que significa respetabilidad o, al menos, la aspiración a serlo. Por supuesto, la Italia respetable y consumista ha existido desde mucho antes que Berlusconi. Pero el aspecto decisivo es que él es su representante viviente, la personificación del mundo de los anuncios de la televisión, el sueño de escalar posiciones sociales hecho realidad. Justo antes

²⁴ Colin CAMPBELL, *The Romantic Ethic and Spirit of Modern Consumerism*, Oxford, 1987, p. 77.

de las elecciones de 2001, en las discotecas de Rimini y de la costa adriática, la gente joven le decía al periodista Paolo Rumiz que votaría a Berlusconi porque su televisión estaba llena de gente joven, porque su partido era joven y porque les hacía soñar con el éxito. Fuera de allí, en la carretera entre el sur de Rimini y San Marino, Rumiz contó cuarenta hipermercados en un trayecto de 10 kilómetros, con coches haciendo colas de hasta cuarenta minutos para encontrar una plaza de aparcamiento²⁵.

La construcción del carisma

Así pues, Berlusconi no sólo es el presidente del Consejo de Ministros. Cómodamente instalado en su magnífica villa en Arcore, también preside la imaginación de un consistente segmento del país; no sólo la de aquellos que ya disfrutaban de la riqueza de la sexta economía más desarrollada del mundo, sino también la de aquellos a quienes les gustaría hacerlo, incluyendo un gran número de familias italianas del sur. ¿Cuál es la naturaleza de su carisma? Ciertamente no se adecua a los cánones de la famosa tipología establecida por Max Weber. Si el carisma puro, para Weber, era primordialmente un poder extra o antieconómico que puede, a lo sumo, «tolerar, con una actitud de indiferencia emocional, actos adquisitivos irregulares y no sistemáticos», entonces, difícilmente se puede decir que Berlusconi cumple tales requisitos. Tampoco reúne los exigidos por Thomas Carlyle, quien escribiendo en 1840 estaba convencido de que no había héroes modernos merecedores de ese nombre. Más exactamente, Carlyle pensaba que «todos ellos son como billetes de banco, todos estos dignatarios sociales representan el oro; y varios de ellos, por desgracia, siempre son billetes falsos»²⁶.

El dinero de Berlusconi es real. Tal vez sea su carisma lo que es falso, en el sentido de haber sido construido dentro de los confines, las prácticas y los símbolos de la comunicación y el consumo modernos; cuidadosamente *manufacturado*²⁷. No es que sea un orador particularmente capacitado, ni que tenga un físico particularmente atrayente, tampoco es conocido por su heroísmo ni está dotado de cualquier otra de las cualidades genuinamente carismáticas. Por esta razón durante largo tiempo ha sido subestimado. Pero ha trabajado con mucho esmero para crear y vender una imagen de sí mismo. Pier Paolo Portinaro indica tres hilos de esta construcción: el del «gran comunicador», preocupado por utilizar un lenguaje sencillo y atento a todos los detalles que componen un fotograma televisivo; el «maestro de la evasión», no en el sentido de Houdini, sino como el vendedor sin competencia del escapismo inconsciente; y el del «fanático de

²⁵ *La Repubblica*, 16 de mayo de 2001.

²⁶ Véase Max WEBER, *On Charisma and Institution Building*, Chicago, 1968, p. 53; véase también Thomas CARLYLE, *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*, Londres, 1840, p. II. Agradezco a Stephen Gundle haber llamado mi atención sobre este punto.

²⁷ Stephen GUNDLE, «The death (and re-birth) of the hero: charisma and manufactured charisma in modern Italy», *Modern Italy*, vol. III, núm. 2, 1998.

los deportes», ganador de copas y munificente patrocinador de un gran equipo de fútbol. Sin embargo, estos elementos deben estar precedidos por otro: el del «magnate hecho a sí mismo». Es su acumulación de riquezas, mucho mayores que las del difunto Giovanni Agnelli, quien durante mucho tiempo fue considerado el hombre más rico de Italia, lo que le dota de los otros aspectos de su carisma y los activa. El estilo de vida opulento de Berlusconi, «con un toque de elegancia de Dallas y un aroma procedente del Mediterráneo», puede provocar la sorna de algunos, pero es un elemento esencial de su atractivo, como lo es su «absoluto amor a sí mismo». Una fijación tan enorme con la propia individualidad se corresponde perfectamente con el espíritu imperante de la Italia moderna, sintetizado inmejorablemente por el propio Berlusconi en 1999 con la máxima: «Los individuos son quienes mejor saben lo que les conviene»²⁸.

Sin embargo, tal vez la esencia de su carisma descansa en las cualidades que refleja. Muchos italianos se miran al espejo —el pasatiempo nacional— e imaginan a un yo opulento y poderoso en el que se reflejan. En la admiración por Berlusconi se mezclan el autorreconocimiento y la proyección. Este hecho fue claramente identificado por Alessandro Meluzzi en el primer número de la revista que recoge las ideas de Forza Italia, *IdeAzione*. Berlusconi era uno de esos líderes naturales, quienes

gracias a su audacia o a su capacidad personales terminan convirtiéndose en el símbolo de la imparable manía contemporánea por el hacer, por el moverse, por el sentirse con vida. [...] Un líder que será elegido porque todo el mundo puede reconocer en él algo de sí mismo, puede identificarse e identificar aquello que querría ser²⁹.

La producción de consentimiento mediante los medios de comunicación es un proceso complicado. Incluye elementos que son tanto de una insistencia implacable —el bombardeo constante de anuncios— como de una sutileza considerable. El presidente del Consejo de Ministros nunca pierde la oportunidad de observar que en sus propios canales de televisión se le critica frecuentemente y que incluso, en ocasiones, es objeto de sátira, como en el programa habitual más popular de la televisión italiana *Striscia la notizia* (Canal 5, 20.40 h). ¿Cómo, en tales circunstancias, podemos ni remotamente ser tan estúpidos como para hacer una comparación con Mussolini?

Una venta discreta

A primera vista, esta posición parece intachable. Berlusconi ha insistido en el pluralismo de voces políticas recogidas en todos los boletines de noticias, lo

²⁸ Véase, respectivamente: Pier Paolo PORTINARO, «Sulla illegittimità del nuovo», *Teoria Politica*, vol. XI, núm. 1, 1995, pp. 21-22; Quentin PEEL y Fred KAPNER, «Salesman on the spot», *Financial Times*, 23 de marzo de 2002; Giorgio BOCCA, *Piccolo Cesare*, Milán, 2002, p. 11; Silvio Berlusconi, *L'Italia che ho in mente*, cit., p. 118.

²⁹ Alessandro MELUZZI, «Sotto le ideologie niente, solo leader concreti e vincenti», *IdeAzione*, vol. 1, núm. 1, 1994, p. 169.

cual es otra indicación clara de su adopción voluntaria del lenguaje universalista del liberalismo. Recientemente, su hija Marisa, al convertirse en la presidenta de la casa editorial Mondadori, la mayor de Italia con 4.700 empleados y parte del imperio empresarial de su padre, insistía en que su criterio orientador residiría en «el profundo respeto por nuestros lectores y por el mercado, sin ninguna pretensión de adoctrinar o de orientar; en la importancia de la pluralidad de ideas y de elecciones; en una atención extrema a los autores y a su posibilidad de expresarse con libertad»³⁰. Sin embargo, bajo la prístina superficie las cosas se vuelven, inmediatamente, más complicadas. Tomemos el ejemplo de las noticias en la RAI UNO, donde prevalece un pluralismo casi ritual: hay un desfile regular de políticos, entre los que figuran miembros de la oposición. Todos dicen algo con brevedad. Asiduamente aparece el propio Berlusconi, que dice algo con mayor detenimiento. Inmediatamente después sigue la *cronaca*, básicamente una serie de incidentes y fatalidades deprimentes de diversa naturaleza. Al Papa se le conceden unos pocos minutos de rigor y, al final, llega el momento de los deportes. La impresión general que se transmite es de desesperación ante la situación en el mundo, la vacuidad de los políticos, la necesidad de la religión y el buen juicio del primer ministro. Nunca se escuchan voces disidentes que surjan de la sociedad. Las múltiples organizaciones de la sociedad civil italiana simplemente no existen, a menos que alcancen tales proporciones masivas que no puedan ignorarse, como ocurrió en la marcha por la paz en el marco del Foro Social Europeo celebrado en Florencia en noviembre de 2002.

Con cierta astucia, Berlusconi también hace alusión a las cuotas de mercado de las diferentes audiencias: a los votantes de izquierdas se les debe reservar algo de televisión con la que simpaticen, porque esto es comercialmente sensato. Así pues, su régimen mediático no se basa en el silenciamiento de todas las voces disidentes, como ocurrió bajo el fascismo, sino en la regla agudamente formulada por Mauricio Costanzo, presentador de un programa de entrevistas: «El poder no pertenece a los que hablan en la televisión. Pertenece a los que le permiten a uno hablar en la televisión»³¹. Si lo que está en juego son las grandes audiencias televisivas, el pluralismo de Berlusconi se revela de una calidad dudosa. Él siempre ha tenido su propio equipo de intelectuales «orgánicos» de una calidad variable –Ferrara, Liguori, Sgarbi (de escasa fiabilidad)– cuyos programas han dejado bien claro cuál es la línea permitida y lo han hecho incesantemente, a todas horas del día y de la noche. Fue el mismo Berlusconi quien intervino en abril de 2002, nada menos que desde Bulgaria, para anunciar que las tres voces disidentes más importantes, Enzo Biagi, Michele Santoro y Daniele Luttazzi, desaparecerían de los seis canales de televisión ahora bajo su control (indirecto)³².

³⁰ R. RHO, «Mondadori a Marina Berlusconi. «Alla presidenza con orgoglio»», *La Repubblica*, 19 de febrero de 2003.

³¹ Entrevistado en *Telegiornale*, RAI 2, 28 de agosto de 2001, 20.50 h.

³² *The Independent*, 5 de junio de 2002.

En la superficie, la televisión italiana se muestra como una arena razonablemente plural, acusadamente repetitiva y tranquilizadora (siempre han predominado los programas de variedades y las películas antiguas). Atrae mucho a la población de más edad, pero también a la juventud. En 1994, como parte de una serie de reveladores trabajos escolares sobre las nuevas figuras de la política nacional italiana, un estudiante romano de trece años ofrecía las siguientes reflexiones, cándidas y profundas, sobre el «régimen» mediático de Berlusconi:

En el colegio, casi todos los profesores dicen que Berlusconi es un fascista, que venderá el colegio a quien tenga dinero para comprarlo [...]. Pero si Berlusconi es un fascista, ¿por qué está siempre riéndose y contento? He aprendido que los fascistas llevaban camisas negras, que siempre iban en uniforme, que querían que hubiera guerra y que utilizaban sus porras contra la gente [...]. Y por eso, desde luego que no tenían razones para reírse, eran una panda deprimente. Pero si Berlusconi se pusiera un uniforme, empezara a aporrear a las personas y quisiera ir a la guerra, entonces, nadie vería sus televisiones³³.

El debate sobre en qué medida el control de los medios de comunicación determina la cultura y la adscripción política de la gente es complicado y abarca una extensa gama de cuestiones. Como es obvio, sería estúpido asumir que los individuos y las familias simplemente absorben los mensajes que de forma habitual se repiten por televisión. En el caso de Italia, hay al menos un estudio que ha revelado lo frágiles que son las conexiones entre el hecho de ver la televisión y los valores familiares, y que la recepción de los programas de televisión implica una dosis considerable de traducción, crítica y rechazo³⁴. No obstante, sería aún más temerario proclamar que la influencia que ejerce la televisión es marginal. En el ámbito explícitamente político, los teóricos se encuentran profundamente divididos en torno al volumen de votos que Berlusconi sumó a su causa gracias a su dominio de los medios de comunicación; de hecho, estas cuestiones son difíciles de cuantificar³⁵. Pero si vamos más allá de la esfera política y nos situamos en el plano más profundo de la vida cotidiana y de la cultura material, entonces la presencia de un régimen mediático tan conformista, repetitivo y acríticamente orientado al consumo como éste —y bombeado no sólo desde 2001, sino desde los inicios de la década de 1980, cuando no se ejercía un control sobre la formación cuasi monopolística de la televisión comercial italiana— debe suscitar la más profunda de las preocupaciones.

³³ Pino NICOTRI, *Berlusconi de Berlusconi*, Venecia, 1994, p. 47.

³⁴ FRANCESCO CASETTI (ed.), *L'ospite fisso*, Milán, 1995.

³⁵ En 1994, Luca Ricolfi, basándose en una pormenorizada investigación, argumentó que la influencia de los canales TN de Berlusconi había sido decisiva en las elecciones nacionales de aquel año: «Elezioni e mass media. Quanti voti ha spostato la TV», *Il Mulino*, vol. XLIII, núm. 6, 1994. Otros expertos en ciencias políticas, como Giacomo Sani, han sido más escépticos. Véase G. SANI (ed.), *Mass media ed elezioni*, Bolonia, 2001.

II. EL PATRIMONIO Y EL ESTADO

Parapetado por su control de los medios de comunicación, Berlusconi ha dirigido su atención hacia el Estado. En primer lugar, y como prioridad absoluta, su intención es refrenar el poder de investigación de los jueces y asegurar su propia situación jurídica, altamente controvertida, y la de sus amigos más cercanos. Éste sigue siendo su talón de Aquiles. Junto con su ministro de Justicia, Roberto Castelli, de la Liga Norte, insiste en que llevan a cabo la operación en nombre de una mayor eficacia del sistema judicial y de la salvaguarda de la autonomía del mismo. La retórica de la justicia y de la libertad está presente en todos los ámbitos de actividad del gobierno, pero su verdadera línea de actuación es otra. En el Parlamento, los escaños de Forza Italia están ocupados, en un grado más que simbólico, por aquellos que han trabajado en diversas áreas del imperio empresarial de Berlusconi y por los abogados que le han defendido. Los cargos más altos de la Administración del Estado están, asimismo, en proceso de ser renovados mediante un radical «sistema de reparto de los puestos entre los miembros del partido victorioso». La fidelidad personal y al partido, en detrimento de criterios precisos basados en la profesionalidad y la experiencia, es el principio orquestador de la reciente reforma. El CNR, el instituto que financia la investigación científica en Italia, ha sido colocado bajo el control estricto de la ministra de Educación, Leticia Moratti, que durante un breve periodo anterior a aceptar la cartera de educación fue la jefa ejecutiva de Rupert Murdoch en Italia. Los fondos de las escuelas y de las universidades públicas se están reduciendo al máximo. El sistema de sanidad pública, introducido en 1978 y basado en criterios universalistas, está siendo socavado por la regionalización y por la privatización en un proceso que revierte la mordaz defensa del mismo llevada a cabo por la mejor ministra de centro-izquierda, Rosy Bindi, que no pertenece a los Demócratas de Izquierda, sino que es miembro de Católicos Populares (ahora parte de la Margarita)³⁶.

Si todo va bien, dentro de cinco años el propio Berlusconi se trasladará del cargo de presidente del Consejo de Ministros al de presidente de la República. Su aspiración es lograrlo por elección popular directa y, en cualquier caso, en el marco de unos poderes sumamente acrecentados. Una vez en el Quirinale, habrá alcanzado la apoteosis de su poder; el padre deportivo, alegre y extraordinariamente rico de la nación italiana. Su papel, tal y como ha escrito Giuliano Ferrara, que es uno de sus asesores con menos escrúpulos, llegará a emular, señalado desde luego con la ironía pertinente, al de Luis XIV, el Rey Sol y, de hecho, en los primeros años de Fininvest, Berlusconi frecuentemente fue citado como el sol alrededor del cual giraban los planetas de sus más cercanos colaborado-

³⁶ El modelo, introducido por Roberto Formigoni en la región lombarda, consiste en la financiación estatal de servicios prestados principalmente por hospitales (católicos) privados, más la privatización a favor de cooperativas que tienen estrechas relaciones con el gobierno regional. El clientelismo y la privatización van, pues, de la mano.

res. Berlusconi, escribe Ferrara, tiene una «concepción patrimonial del Estado, en la que lo público y lo privado son indistinguibles». El gran hombre es, en sí mismo, una «figura atípica que simboliza un nuevo poder, despreciado, temido y adulado por toda Europa. [...] El gobierno no va a estar separado del patrimonio, el Estado de la persona»³⁷.

¿Hasta dónde es útil o apropiado hablar de que en el corazón de la Europa democrática está en marcha un proyecto patrimonial moderno? De acuerdo con la formulación original de Weber, en las sociedades antiguas el *patriarcalismo*, en virtud del cual la autoridad dentro del *oikos* «es ejercida por un individuo concreto designado por una regla precisa de sucesión hereditaria», abre gradualmente el camino al *patrimonialismo*, en el que la autoridad personal tradicional se extiende espacialmente y se vuelve más dependiente de diferentes formas de relaciones interpersonales. La autoridad se «descentraliza». La tierra se dejaba a los niños y a los esclavos domésticos, cada uno con sus propias propiedades, ganado y responsabilidades, y el líder patrimonial progresivamente formaba su propia administración: «un elenco de esclavos, *coloni* o súbditos reclutados», así como de «escultas y ejércitos de mercenarios». Naturalmente, la descentralización tenía su precio. Los seguidores y los súbditos del líder patrimonial le debían lealtad absoluta y un servicio militar, pero él también les debía algo a ellos, «no jurídicamente, sino consuetudinariamente, sobre todo [...] protección frente a las fuerzas externas y ayuda en épocas de escasez». De este modo se establecía una reciprocidad de favores. En el plano económico, el patrimonialismo se recostaba sobre una gran variedad de posibilidades distintas, pero «las oportunidades importantes de hacer beneficios están en las manos del jefe y de los miembros de su cuadro administrativo. [...] Hay un campo muy abierto para la arbitrariedad real y para la expresión de puros caprichos personales por su parte»³⁸.

Obviamente, cualquier transposición de esta terminología al mundo moderno debe ser tratada con el cuidado más exquisito³⁹. No nos dedicamos al comercio de ganado, de tierras o de esclavos, ni lo hacemos con mercenarios armados ni con jefes primitivos. Pero los mecanismos de poder subyacentes y las relaciones personales delineadas más arriba encuentran una extraordinaria resonancia en la Italia contemporánea. La autoridad personal y el carisma (este último es ajeno al patrimonialismo de Weber), las propiedades y las ambiciones adquisitivas ilimitadas, los

³⁷ Giuliano FERRARA, «Prefazione», en Philippe BEAUSSANT, *Anche il Re Sole surge al mattino*, Roma, 2002 (ed. original: *Le Roi Soleil se lève aussi*, París, 2002), pp. 12-13; M. Molteni, *Il grupo Fininvest. Imprenditorialità, crescita, riassetto*, cit., p. 179.

³⁸ Max WEBER, *The Theory of Social and Economic Organization*, Nueva York, 1947, pp. 346-357; véase también, Max WEBER, *Economia e società*, Turín, 1999, vol. IV, pp. 106-107.

³⁹ La mejor discusión que he encontrado sobre esta transposición, si bien de una época anterior a la de Berlusconi, se encuentra en Pier Paolo PORTINARO, «Personalismo senza carisma», prefacio a G. ROTH, *Potere personale e clientelismo*, Turín, 1990 (edición original: *Politische Herrschaft und persönliche Freiheit*, Frankfurt del Meno, 1987), pp. vii-xx.

caprichos arbitrarios del patrón que descansan en un imperio debilitado de la ley y la reciprocidad de favores, todos estos elementos constituyen los pilares sobre los que se asienta el proyecto de Berlusconi. Sin embargo, se están abriendo paso en un sistema social y político complejo y democrático. Un sistema que hace mucho tiempo que ha recorrido las etapas de la racionalización material y formal, aunque haya sido de forma más imperfecta que en muchas sociedades europeas occidentales. Por consiguiente, las resistencias a este proyecto son, como veremos, considerables, pero también lo es su nivel de aceptación.

Populismo y patrocínio

No podemos dejar de señalar, como han hecho muchos analistas, que también hay muchos elementos populistas en cómo se presenta Berlusconi a sí mismo así como en su carrera política. Él es la persona que bajo la mirada atenta y complaciente de Bruno Vespa, comentarista político que lleva largo tiempo a su servicio, salió a la escena televisiva a sellar un pacto formal con los electores: si no conseguía sus principales objetivos en un periodo de cinco años en el poder, no se presentaría de nuevo para la reelección. Él, también, cuando el 28 de enero de 2003 se enfrentó a la confirmación de que tanto su propio proceso judicial por sobornar a magistrados como el que se sigue contra su abogado y amigo Cesare Previti iban a ser concluidos en Milán, y que no iban a ser trasladados a ningún otro lugar, difundió un videocasete desde Arcore que contenía el siguiente *pronunciamiento*: «En una democracia liberal el que gobierna en virtud de la soberanía popular sólo puede ser juzgado mientras está en el cargo y dirige los asuntos del Estado por sus iguales, por aquellos que han sido elegidos por el pueblo [...]. El pueblo y las personas que lo representan son quienes gobiernan y no los que han aprobado una oposición pública para llegar a jueces»⁴⁰. Los tres elementos básicos del discurso populista señalados por Mény y Surel —la celebración de la centralidad y la sabiduría del pueblo, su traición constante por las élites y por las viejas clases políticas y su necesaria sustitución por un nuevo líder— están, todos, presentes en los discursos de Berlusconi⁴¹.

Aun así, sería un error confinar su proyecto dentro de un marco populista, ya que sería ignorar gran parte de su esencia. La mejor biografía de Berlusconi, aunque ahora esté un poco obsoleta, es la realizada por Giuseppe Fiori, quien le puso por título *Il venditore [El vendedor]*. Ciertamente, Berlusconi es un vendedor consumado y muy preparado⁴². Pero también

⁴⁰ S. BERLUSCONI, *Corriere della Sera*, 30 de enero de 2003.

⁴¹ Yves MÉNY e Yves SUREL (eds.), *Democracies and the Populist Challenge*, Londres, 2002, pp. 11-13.

⁴² Giuseppe FIORI, *Il venditore*, Milán, 1995. Véase también, Silvio BERLUSCONI, «Confidential advice for selling advertising space» (1994): «A estas reuniones con la cúpula administrativa de una empresa, siempre debes acudir habiéndote informado a fondo. Porque de este modo siempre tendrás enfrente de ti a un «diletante» que probablemente esté desinformado, mien-

es, y probablemente por encima de todo, un comprador: de bienes y de personas, de villas y de futbolistas, de canales de televisión y de artistas, de supermercados y de casas editoriales, quizá también de jueces (aunque debemos esperar a las conclusiones de los juicios). Está dotado de un instinto patrimonial y adquisitivo que se alimenta de la producción y del consumo de riqueza, de la creación de lealtades y de la necesidad de ser amado y admirado. Como en una ocasión escribiera Eugenio Scalfari, el fundador del periódico diario *La Repubblica*: «Silvio Berlusconi ama a su clan y se identifica con él. Su deseo más fuerte y más generoso es que su clan llegase a comprender toda Italia. Quien se introduce en él puede pedir y conseguir lo que sea, quien se queda fuera es un enemigo o un infiel preparado para la conversión. Para Berlusconi la televisión es una oportunidad inigualable para los negocios, pero también es el principal instrumento para hacer proselitismo»⁴³. Estos instintos y prioridades, cuando se combinan con sus aires plutocráticos, hacen que no se ajuste a un líder populista genuino. A lo sumo, podemos decir que el populismo es una pieza potente de su armería lingüística, pero que la constitución material de su proyecto sigue siendo otra distinta. Umberto Bossi, con su lenguaje crudo y directo, con su base regional y su inserción en un movimiento social popular, encaja mucho mejor en el modelo populista.

La devoción

Al margen de las etiquetas, que son importantes pero que no deben convertirse en obsesiones, se encuentra la cuestión de los orígenes. Gran parte de la cultura y de la actividad de Berlusconi son la expresión de elementos profundamente enraizados en la historia italiana. Uno de los más persistentes es el de las relaciones clientelares. La supervivencia y, de hecho, el predominio de relaciones diádicas verticales en prácticamente todos los ámbitos de la vida italiana tras más de cincuenta años de democracia formal es algo tan desconcertante como fascinante. En 1876, Leopoldo Franchetti, en su famosa pesquisa judicial realizada en Sicilia, describió en términos memorables los rasgos característicos que se derivaban de la *clientela* de la isla: «Por una parte, una fidelidad, una intensidad en la amistad entre seres iguales y en la devoción del inferior por su superior que no conoce límites, escrúpulos ni remordimientos. Por la otra, [...] individuos que paulatinamente se agrupan alrededor de uno o de más potentados, independientemente de en qué se funde su poder: en una riqueza o en una fuerza de carácter mayores, en una astucia superlativa o en otras cualidades superiores»⁴⁴. En 1973, Pierre Boussevain tituló su colección de

tras que tú estarás hiperpreparado y serás superprofesional. Basándome en mi experiencia profesional, puedo decirte confidencialmente que yo siempre he ganado por ser profesional. Si he conseguido siempre lo que quería, raramente ha sido gracias a mi talento y pocas veces gracias a la suerte de un aficionado, sino que siempre que ganado gracias a la técnica», citado en Stefano D'ANNA y Gigi MONCALVO (eds.), *Berlusconi in Concert*, Londres, 1994, p. 300.

⁴³ E. SCALFARI, *la Repubblica*, 15 de enero de 1995.

⁴⁴ Leopoldo FRANCHETTI, *Condizioni politiche e amministrative della Sicilia* [1876], Roma, 1993, p. 40.

artículos sobre antropología mediterránea *Friends of Friends* [Amigos de los amigos]. En 1994, Berlusconi se dirigía a sus empleados en los siguientes términos: «Cuando trabajo con mis colaboradores sé que me encontraré rodeado de mis mejores amigos. [...] Sólo por ello y, de hecho, espontáneamente, brotan precisamente en nuestro lugar de trabajo esos momentos de emoción que son la raíz más profunda de todo sentimiento, la expresión de la amistad»⁴⁵. Íntimamente conectada con esta amistad instrumental, se encuentra la costumbre de la entrega de regalos. Berlusconi es muy conocido por su *generosidad*, la cual toma asiduas y variadas formas: un retrato de su familia para el presentador Mike Bongiorno; unas vacaciones pagadas para un policía herido tras la cumbre del G8 en Génova; o relojes de pulsera para las azafatas, los bomberos y los *carabinieri* presentes en la cumbre de la OTAN celebrada en Pratica di Mare en mayo de 2002. Las virtudes ensalzadas en estos gestos no son las de la ciudadanía, sino las del servilismo devoto donde no se establece mucha distinción entre la esfera pública y la privada, entre un primer ministro y un patrón, entre un empleado civil y un amigo o un pariente.

Un segundo elemento es el del *condottiere*. Berlusconi es un *cavaliere* de los negocios, no de las armas. Sin embargo, su forma de acercarse a la política es marcial, se basa en correr riesgos elevados y en la presteza de maniobra. Fueron estas cualidades las que caracterizaron su *scesa in campo* en febrero de 1994 y las que le dieron el ímpetu para una extraordinaria victoria justo tres meses más tarde. La imagen del *cavaliere* tiene mucho peso en la cultura popular italiana. Garibaldi y Víctor Manuel II, ambos frecuentemente montados a caballo, son omnipresentes en las calles de las ciudades. En 1994, recogido en la misma serie de trabajos escolares citados anteriormente, se encuentra el siguiente texto escrito por un alumno de trece años de Bari: «Ha pasado mucho tiempo desde que construían los monumentos a personajes famosos montados a caballo. Los que existen son todos monumentos a gente famosa del pasado. Pero hoy en día, que está el caballero Berlusconi, líder del gobierno y capaz de ganar tantas cosas, quizá sea el momento de poner otra estatua equina. Podría ser de bronce o de mármol y él podría encabezar a una intrépida caballería gritando: “¡Forza Italia!”»⁴⁶.

Otro elemento que debemos añadir consiste en la constante y exagerada manifestación de respeto hacia la Iglesia católica. Todos los políticos italianos, tanto de la izquierda como de la derecha, traspasan la puerta de la Ciudad del Vaticano. Para algunos, como Giulio Andreotti, las puertas siempre han estado completamente abiertas. Para otros, incluso siendo católicos devotos como Alcide de Gasperi, el primer líder de la Democracia Cristiana, estuvieron entornadas. Togliatti intentó ganar la aquiescencia de

⁴⁵ S. D'Anna y G. Moncalvo (eds.), *Berlusconi in Concert*, cit., p. 302; Pierre BOUSSEVAIN, *Friends of Friends. Networks, Manipulators and Coalitions*, Oxford, 1973.

⁴⁶ P. Nicotri, *Berlusconi de Berlusconi*, cit., p. 22.

la Iglesia haciendo todo lo posible, en contra de la oposición secular, por la continuación de los Pactos Lateranos en la nueva Constitución italiana de 1948. La versión de Berlusconi de esta relación toma la forma de subvenciones públicas a los colegios católicos privados y de apoyo a todos los elementos doctrinales de la Iglesia que no contradigan demasiado palmariamente sus sondeos de opinión y su propia conducta. Sin embargo, en el contexto de la muy arraigada cultura italiana, el aspecto más interesante del catolicismo de la Casa de las Libertades es su entusiasmo por una de las más arcaicas expresiones del cristianismo italiano: la adoración de figuras carismáticas dotadas de poderes milagrosos. El Padre Pío, el fraile capuchino que supuestamente tiene grabado en su cuerpo el estigma, es el máximo ejemplo. En abril de 2000, el Canal 5 de Berlusconi emitió una dramatización bipartita de su vida. Aldo Grasso, en su historia monumental de la televisión italiana, la galardonó con el elogio de ser el programa del año: «El director, Carlo Carlei, no nos ha privado de nada [...]: donde había una posibilidad de exagerar, ha exagerado: rayos de sol perforando las nubes, un estilo fotográfico directamente tomado de las ofrendas *ex voto*, estatuas sangrantes, [...] matas ardiendo, cruentas batallas con el demonio que por momentos toma la forma de un perro moloquiiano»⁴⁷.

Por último, debemos señalar que las actitudes patrimoniales hacia el Estado italiano no son completamente nuevas. Dejando a un lado la experiencia fascista, que fue *sui generis*, una de las primeras críticas del catolicismo al régimen de la Democracia Cristiana, la de Ruggiero Orfei, fue precisamente que el partido había «ocupado» el Estado⁴⁸. El desarrollo de una clase administrativa independiente, con sus propios códigos de conducta y un *esprit de corps*, nunca fue el punto fuerte del Estado italiano. Los poderes de dirección discrecional y el servicio a la clase política siempre fueron mucho mayores. Ni siquiera el poder judicial gozaba de mucha autonomía real antes de la década de 1960. Sin embargo, la ocupación del Estado por parte de la Democracia Cristiana era cualitativamente distinta de la proyectada por Berlusconi. Ninguno de los líderes de la DC había tenido nunca la riqueza o el carisma mediático que él ha adquirido. La mayor parte de ellos se dirigía a la gente en un lenguaje *politichese* en gran medida incomprensible. Sobre todo, a ninguno de ellos se le permitió jamás convertirse en el aclamado e indiscutido líder del partido y aquellos que lo intentaron, como Amintore Fanfani y Ciriaco de Mita descubrieron por sí mismos, tuvieron un triste final víctimas de un complot letal entre facciones del partido.

III. BERLUSCONI EN EL PODER

Hasta el momento, la traducción del proyecto de Berlusconi en realidad política ha sido una tarea ardua y repleta de accidentes. Su gobierno pres-

⁴⁷ Aldo Grasso, *Storia della televisione italiana*, cit., p. 694.

⁴⁸ Ruggiero ORFEI, *L'occupazione del potere*, Milán, 1976.

tó juramento el 11 de junio de 2001. De los 23 ministros, sólo dos eran mujeres: Stefania Prestigia, como ministra para la Igualdad de Oportunidades, y la temible Leticia Moratti, ministra de Educación. La Liga Norte estaba fuertemente sobrerrepresentada en el nuevo ejecutivo. Sus resultados electorales habían sido muy pobres, únicamente alcanzó el 3,9 por 100 de los votos, pero los pactos preelectorales se respetaron escrupulosamente, ya que Berlusconi estaba obsesionado por la posibilidad de otra disolución rápida de su coalición de centro-derecha, como había ocurrido en diciembre de 1994.

En este caso, unos de sus mayores motivos de satisfacción ha sido la consistencia de la coalición. Muchos comentaristas estaban convencidos de que Fini y Bossi no durarían mucho tiempo juntos alrededor de la misma mesa ministerial. Las distancias entre ellos eran demasiado grandes en términos de cultura, personalidad y apoyo electoral: el uno, un frío y competente político romano, ex fascista, respaldado principalmente desde el sur del país; el otro, un escandaloso populista norteño que ocasionalmente alaba las virtudes de la Resistencia. En cambio parece que se han llevado de maravilla disfrutando, evidentemente, del poder. La nueva ley en materia de inmigración, una obra legislativa profundamente inicu y racista, lleva su firma conjunta⁴⁹. Sin embargo, los planes de Bossi de un traspaso de competencias integral, que ahora se encuentran en una fase avanzada, todavía pueden suscitar tensiones. Tanto Berlusconi como Fini en el fondo son centralistas, y deben de ser reacios a conceder demasiado poder a los feudos regionales que Bossi tiene en mente. Por otro lado, Bossi ha invertido toda su reputación en este tipo de descentralización. En su opinión, las regiones septentrionales deben tener el control de la riqueza que producen; de sus propios impuestos, de la educación y de los cuerpos de seguridad. Cualquier idea de un Estado central que ejerza un papel de redistribución entre las diferentes regiones del país debería abandonarse.

Una economía renqueante

De esta manera la coalición de centro-derecha se ha mantenido firme hasta ahora, pero no así la economía. El proyecto de Berlusconi, inspirado como está en un consumo desbordante y en la celebración de la opulencia, depende especialmente de elevados niveles de crecimiento. Estos últimos no sólo no se han materializado, sino que durante los últimos ocho meses la economía italiana, junto con la europea, ha sufrido un grave retroceso. Los despidos masivos en la Fiat son sólo la evidencia más visible de esta extendida crisis coyuntural. A ello se suma que la introducción del euro ha creado serios problemas de credibilidad debido a que tras la conversión monetaria los precios han subido abruptamente. La

⁴⁹ Para una explicación de la ley, véase Alessandra BALLERINI y Alessandro BENNA, *Il muro invisibile. Immigrazione e legge Bossi-Fini*, Génova, 2002.

reacción ante la insistencia del ISTAT, el Instituto Nacional de Estadística, en que la subida de precios se ha mantenido por debajo del 3 por 100 anual es de desdén generalizado. Todo ello ha dado como resultado neto que el consumo en Italia ha caído a uno de sus niveles más bajos en la historia de la República: una tasa de crecimiento medio de únicamente un 0,4 por 100 en 2002, frente a la media europea del 0,5 por 100 y a la cifra estadounidense del 3,1 por 100.

Detrás de este paupérrimo comportamiento, descansa un problema estructural más grave. En estos momentos, muchos indicadores clave apuntan al hecho de que la economía italiana está perdiendo terreno a escala global. Su cuota de mercado en las exportaciones mundiales sufrió un descenso aproximado de un 16 por 100 entre 1994 y 1999. En el mismo periodo su PIB creció a un ritmo mucho más lento que el promedio de la zona euro. El gasto en investigación y desarrollo es de un 1 por 100 del PIB, prácticamente la mitad de la media de los países más industrializados. Las cargas administrativas sobre las iniciativas empresariales son, con diferencia, las más onerosas de todos los países de la OCDE⁵⁰. El nivel de competitividad ha caído estrepitosamente. Las mayores compañías italianas, boyantes a principios de la década de 1980, se han comportado deprimentemente en las dos décadas posteriores: Olivetti es ahora una mera empresa del holding de Telecom Italia, y Fiat, que en tiempos pasados vendía más coches que Volkswagen en el mercado europeo, está en camino de convertirse en una unidad regional de General Motors. Hay excepciones, pero no son suficientes, ni en número ni en tamaño. Respecto a la miríada de pequeñas empresas y distritos industriales italianos, en más de una ocasión han sido desahuciadas para volver a levantarse sólo milagrosamente. Su flexibilidad, la calidad de su diseño y su capacidad de innovación incremental ponen una nota de duda en las predicciones de un cierre inminente de las mismas, pero está claro que las cosas han empeorado.

Con unos problemas de tal calibre, es difícil vislumbrar una estrategia económica coherente que surja del gobierno, incluso dentro de la limitada perspectiva que ofrece el neoliberalismo⁵¹. La Cofindustria (la confederación patronal italiana) se está impacientando progresivamente. En un par de casos las promesas electorales se han mantenido, como en lo relativo a la subida de las pensiones mínimas. Pero muchas otras han sido dejadas de lado: los proyectos en infraestructuras más importantes no han comenzado, los procedimientos administrativos no han sido simplificados y la reforma de las pensiones ha sido pospuesta. Al mismo tiempo, la caída de los ingresos fiscales y el bajo crecimiento se han traducido en severos recortes del gasto público que se han abatido sobre

⁵⁰ Sobre estos y otros aspectos de la creciente debilidad estructural de Italia, véase *OECD Economic Surveys, 2001-02. Italia*, París, 2002.

⁵¹ Paolo ONOFRI, «Economia», en FRANCESCO TUCCARI (ed.), *Il governo Berlusconi. Le parole, i fatti, i rischi*, Bari, 2002, pp. 153-168.

los gobiernos municipales, los servicios sociales, las escuelas y las universidades.

Un fuerte aroma a capitalismo clientelista empapa muchas de las iniciativas económicas del gobierno. Tras unas semanas en el poder, las sanciones legales contra el fraude contable se habían vuelto inocuas, tomando la dirección opuesta a Estados Unidos después del escándalo de Enron. La propia Fininvest había sido acusada de amañar su contabilidad. La libertad «negativa» ha triunfado para las clases privilegiadas en la forma de amnistías tributarias: una de ellas se ha concedido al capital no declarado ilegalmente enviado al extranjero, otra más reciente, a las elevadas deudas de los clubes de fútbol, entre los cuales está el propio Milán AC de Berlusconi. El impuesto de sucesiones ha sido abolido, una auténtica acción patrimonial. La no interferencia también ha de extenderse al relevante caso de aquellos que han construido casas sin licencia de construcción, un fenómeno omnipresente en el sur de Italia y que ha dejado una huella indeleble en el paisaje de este país. Los gestores progresistas de las ciudades del sur, como Catania, han intentado combatir el fenómeno comenzando con los trabajos de demolición. Berlusconi, por otro lado, intenta que sea aprobada una «norma más positiva y moderna» que sustituiría la demolición por «la obligación de realizar un jardín, de contribuir a poner un parque o de construir un campo de juegos». Las construcciones ilegales, que alcanzaron el nivel más alto en 1984 con 125.000 construcciones anuales, habían disminuido a menos de 30.000 en 2001. Ahora, estas cifras han comenzado a elevarse de nuevo rápidamente, sobre todo en Sicilia⁵². Los magnánimos gestos de dispensa por parte del gobierno, siguiendo la gran tradición papal romana, han hecho muy poco por la obediencia fiscal pero mucho por un sentimiento generalizado de complicidad *laissez-faire*.

Libertades policiales

La libertad, en el sentido de «tomarse libertades», también se pondría a funcionar en Génova en julio de 2001, durante la cumbre del G8, en las actuaciones ahora desgraciadamente famosas de las fuerzas del orden italianas. Tal y como va revelando lentamente la investigación de los magistrados, se está poniendo en evidencia que la policía italiana sentía que disponía de una libertad de maniobra contra quienes se manifestaban contra la cumbre de la que no había disfrutado previamente. Lo que no está claro es si se trataba de una reacción subjetiva por su parte o del resultado de instrucciones específicas. En cualquier caso, sectores de la policía comunicaron a los manifestantes —a quienes aterrorizaron e incluso torturaron en los cuarteles de Bolzaneto y a quienes aporrearon en la escuela Diaz durante el ataque nocturno perpetrado durante la noche del

⁵² *La Repubblica*, 23 de enero de 2003.

21 al 22 de julio— que «ahora mandan los nuestros». La prueba principal utilizada por las fuerzas especiales para justificar este ataque nocturno —dos cócteles molotov— resultó haberla colocado la propia policía.

Existe un espectro muy amplio en función del cual es posible medir los cuerpos de policía nacionales, desde los agentes desarmados de la comunidad local hasta los escuadrones del terror de las dictaduras sudamericanas. En el caso italiano, muchos comentaristas, entre los que se debe contar al autor de este artículo, pensaban que el lento avance de la democracia italiana había alcanzado e influido profundamente incluso a aquellos sectores del Estado italiano históricamente más resistentes a la cultura democrática. Desde los sótanos de los cuarteles de Bolzaneto nos llegó una estridente negación de cualquier suposición semejante. Allí teníamos, por el contrario, viva y coleando, a una cultura puramente fascista: fascista en sus eslóganes, en su brutalidad y en su desenfrenada indiferencia por los derechos más elementales de los detenidos⁵³.

En el periodo previo al Foro Social Europeo de Florencia de noviembre de 2002, se temía una repetición de lo sucedido en Génova. Una campaña mediática cuidadosamente orquestada había declarado la ciudad «demasiado valiosa» para albergar un evento de estas características. El *black bloc* estaba a punto de bajar a la ciudad a destruir el David de Miguel Ángel, el Perseo de Cellini y mucho más todavía. Sin embargo, durante la celebración del Foro, acabó prevaleciendo un modelo diferente de mantenimiento del orden público: discreto, no confrontativo, cooperativo. La sustitución del ministro de Interior, Claudio Scajola, por un democristiano con muchos años a la espalda, Beppe Pisanu, más acostumbrado a la política de la colaboración, es una de las explicaciones de este cambio. El buen sentido del delegado de gobierno local, Achille Serra, es otra, mientras que la presión colectiva ejercida por parte del Foro sobre elementos potencialmente violentos constituye una tercera. Sin embargo, no hay modo de decir por cuánto tiempo se sostendrá el «modelo Florencia». El problema estructural de un cuerpo de policía que es profundamente antidemocrático, hasta extremos inquietantes, sigue sin resolverse. Tampoco resulta probable que el gobierno de la Casa de las Libertades vaya a resolverlo, puesto que el apoyo incondicional a las fuerzas del orden entra mucho más dentro de su estilo.

Intereses incompatibles

Inmigración, traspaso de competencias, orden público: todas estas cuestiones constituyen prioridades habituales en las democracias continentales contemporáneas. Sin embargo, no lo son el patrimonio personal y los

⁵³ Los relatos del horror no llegaron sólo por boca de *i ragazzi di Genova* [los chavales de Génova], sino también a través de periódicos tan conservadores como *The Sunday Times* y *El Mundo*.

continuos procesos de quien detenta el cargo de primer ministro. Esta gran anomalía ha ocupado gran parte de la energía del gobierno italiano y de la de la opinión pública⁵⁴. El hecho de que, cerca de dos años después de que Berlusconi haya llegado al poder, no se haya aprobado ninguna ley sobre incompatibilidad de intereses (ante todo, sus intereses) en un Parlamento donde disfruta de amplia mayoría en ambas cámaras constituye un auténtico indicador de la actitud de este primer ministro hacia la relación entre propiedad privada y responsabilidad pública. Allá por junio de 2002, Pisanu prometió la elaboración de una ley, «provista de un estricto sistema de sanciones, tal y como ha solicitado la oposición»⁵⁵. Apenas se ha avanzado en este sentido. La propuesta de ley del gobierno, dejada alegremente a la deriva en el Parlamento, prevé la institución de una autoridad de control dotada de poderes limitados, cuyo presidente debería ser nombrado por los presidentes de ambas cámaras parlamentarias, quienes en la actualidad son miembros de la coalición de centro-derecha. El artículo 2 de la ley intenta distinguir entre el control activo de una empresa y «la mera propiedad» de la misma, distinción que habría de dejarse en manos del propietario. Tal y como ha comentado el famoso experto politólogo liberal Giovanni Sartori: «La cuestión central es la del poder. En mi biblioteca personal, tengo alrededor de cien libros sobre este tema. Todos y cada uno de ellos explican que la propiedad constituye poder y lo transmite»⁵⁶.

Un reciente almuerzo en Roma proporciona un instructivo ejemplo de la forma que puede adoptar la incompatibilidad de intereses de Berlusconi. El 12 de febrero de 2003, Berlusconi, en su papel de primer ministro, recibía a Rupert Murdoch en el Palazzo Grazioli en Roma. Allí presente estaba también Fedele Confalonieri, probablemente el amigo más antiguo de Berlusconi y presidente de su compañía Fininvest. La conversación a lo largo del almuerzo, de acuerdo con las crónicas, se refirió al futuro de las cadenas de televisión italianas y, en particular, al intento de Murdoch de hacerse con el control de los dos canales más importantes de la televisión italiana de pago, Stream y Telepiù. Si lo logra, la trayectoria de Telepiù de financiación de documentales independientes llegará, a juzgar por el historial de Murdoch, a un abrupto final. Y, lo que es todavía más importante, la televisión comercial italiana estará dominada en el futuro por el duopolio Berlusconi-Murdoch. En una situación semejante, sería de suponer que el papel del primer ministro italiano es el de identificar qué puede ser lo mejor para los intereses de la nación y, en particular, de la televisión pública. Pero ¿cómo podría hacerlo Berlusconi, si es simultáneamente primer ministro y propietario de una de las dos empresas implicadas y si ha invitado al almuerzo a su amigo más antiguo para representar

⁵⁴ «Es como si este hombre tuviera de algún modo que protegerse del Estado en el mismo momento en que se ha visto llamado a hacerse con su timón»: E. MAURO, «Il conflitto di interessi che soffoca le istituzioni», *La Repubblica*, 27 de febrero de 2003.

⁵⁵ *Corriere della Sera*, 22 de junio de 2002.

⁵⁶ G. SARTORI, «Quella vedetta è un po' miope», *Corriere della Sera*, 2 de marzo de 2002.

los intereses de esta misma empresa? Después de la comida, se acompañó a Rupert Murdoch al cercano Ministerio de Telecomunicaciones. Allí, el ministro, Maurizio Gasparri, de Alianza Nacional, se declaró un partidario entusiasta del nuevo proyecto, que «[tendría] en cuenta los gustos del público italiano». «Ésta no será una televisión colonialista», aseguró el ministro a los periodistas presentes. La gira romana de Murdoch terminó con una breve visita a la oficina de la Autoridad para la Garantía de las Telecomunicaciones, una oficina no precisamente famosa por el poder o por el carácter determinante de sus intervenciones. Hacia las siete, Murdoch estaba de vuelta a Londres en su *jet* privado⁵⁷.

Al igual que en el caso de fraudes en la contabilidad empresarial, la comparación con Estados Unidos contribuye a una interesante interpretación de la cuestión de las incompatibilidades. Michael Bloomberg, el actual alcalde de Nueva York, cuenta con una trayectoria profesional, una riqueza personal y un gasto electoral que guardan un ligero parecido con los de Silvio Berlusconi. Su imperio empresarial está valorado en cerca de 4.000 millones de dólares, mientras que el de Berlusconi, con un valor de alrededor de 10.300 millones de dólares en el momento de las elecciones de 2001, ahora está estimado por Forbes en 5.900 millones de dólares. Bloomberg tiene un gran negocio editorial con base en Nueva York con ocho mil empleados, una emisora de radio y una compañía muy influyente de televisión por cable, especializada en información financiera para bancos y agentes del mercado de valores. Se estima que gastó sesenta millones de dólares en su campaña electoral, una suma que batió todos los récords anteriores para las elecciones de Nueva York. Al igual que Berlusconi, Bloomberg se presentó como un hombre que tendría éxito como alcalde porque siempre había tenido éxito en el pasado. Sin embargo, la Comisión de Incompatibilidades de Intereses sometió sus bienes privados al más estricto escrutinio e hizo varias recomendaciones urgentes. Por ejemplo, todas las acciones de su propiedad que tenían algo que ver con los asuntos de la ciudad de Nueva York tuvieron que ser vendidas de inmediato. La disposición pública hacia la cultura de aceptar y recibir regalos tampoco es la misma que en la Italia de Berlusconi. El alcalde quiso donar las Bloomberg Terminals a una administración municipal escasa en dotaciones. No se le permitió hacerlo. Semejante rigidez puede parecer excesiva, pero mucho depende del valor que se otorgue a la ética pública y de lo grande que sea la conciencia de que incluso las infracciones menores constituyen el principio de una pendiente muy resbaladiza.

Merece la pena citar el ejemplo estadounidense no por ninguna supuesta perfección de la regulación de su democracia. Sus actitudes de *laissez-faire* hacia el gasto electoral, por ejemplo, han resultado desastrosas. En 1976, el Tribunal Constitucional dictaminó en el caso de Buckley contra

⁵⁷ *L'Unità*, 13 de febrero de 2003.

Valeo que las limitaciones al gasto electoral suponían una violación de la libertad individual de un candidato. Cualquier límite de este tipo, a juicio del tribunal, representaba «una restricción [...] sustancial de la cantidad y de la diversidad del discurso político [porque] cualquier medio para comunicar ideas en la sociedad de masas de hoy en día requiere del gasto de dinero»⁵⁸. No existe invitación constitucional más clara a que los intereses económicamente dominantes acaparen el espacio mediático a fin de determinar el resultado de las elecciones.

Sin embargo, precisamente las luces y sombras del sistema estadounidense sirven de interesante contrapunto para el caso italiano. ¿En qué medida están las diferentes democracias preparadas, como resultado de su historia, para limitar y controlar a figuras patrimoniales modernas tales como Bloomberg y Berlusconi? ¿En qué áreas no pueden utilizarse los grandes recursos de estas figuras, qué principios de ética pública son innegociables, qué barreras no deben cruzarse? Éstas eran las preguntas que planteaba *The Economist* cuando proclamó, en las famosas portada y editorial del 28 de abril de 2001, en vísperas de las elecciones italianas, que Berlusconi «no era apto» para gobernar Italia. Tanto su macroscópico conflicto de intereses como su historial legal sumamente controvertido, gran parte todavía por esclarecer, le dejaban fuera de juego. La recompensa que recibió *The Economist* por el atrevimiento fue un pleito por calumnias de millones de dólares pendiente en los tribunales italianos, que sirvió además de cañonazo de advertencia para otras publicaciones con peores dotaciones monetarias.

Instrumentos de la ley

En los cerca de dos años transcurridos desde que *The Economist* publicó su investigación, los problemas legales de Berlusconi y su clan han recibido un trato preferente en la coalición de centro-derecha. El propio Berlusconi, convencido de ser la víctima de una conjura judicial, ha ordenado a su equipo de abogados —a un precio, de acuerdo con sus estimaciones, de quinientos mil millones de liras hasta el momento— hacer todo lo posible por retrasar los juicios clave restantes⁵⁹. La mayoría de sus abogados son miembros del Parlamento e incluso se encuentra entre ellos Gaetano Pecorella, presidente de la Comisión de Justicia de la Cámara Baja. Cuanto mayor sea el retraso, más posibilidades habrá de que entre en vigor el estatuto de limitaciones (la expiración del tiempo máximo permitido para las vistas del caso en los tres niveles de la justicia italiana). Se han inventado varias estratagemas, algunas más exitosas que otras. El 5 de octubre de 2001, vio la luz la nueva ley sobre comisiones rogato-

⁵⁸ J. H. BIRNBAUM, *The Money Men: the Real Story of Political Power in America*, Nueva York, 1996, p. 34.

⁵⁹ *Corriere della Sera*, 30 de enero de 2003.

rias internacionales. Esta ley hace más complicada la transmisión y admisión de documentación legalmente relevante de otros países –al exigir, por ejemplo, copias originales de los extractos de cuentas y de los expedientes procesales–. En diciembre del mismo año, Italia intentó bloquear la introducción de una orden de busca y captura europea para crímenes como la corrupción, el lavado de dinero y el fraude. Berlusconi admitió cándidamente que se había inquietado ante la perspectiva de que tales poderes estuvieran en manos de un juez como el español Baltasar Garzón. Este último había presentado cargos contra él por fraude fiscal y por la violación de las leyes *antitrust* en relación con las actividades en España de la empresa televisiva Telecinco⁶⁰.

El 31 de diciembre de 2001, Roberto Castelli, ministro de Justicia, intentó trasladar a uno de los jueces milaneses encargado del proceso referente a la propiedad de la casa editorial Mondadori. Cesare Previti, uno de los amigos más íntimos de Berlusconi y anterior ministro de Defensa, está acusado de haber sobornado a los jueces del proceso original de 1991 para que fallaran a favor de Berlusconi. La intervención «administrativa» de Castelli quedó finalmente bloqueada por el Tribunal de Apelación. En octubre de 2002, frente a una oposición generalizada, vio la luz la ley Cirami, bautizada por el nombre de su principal defensor, un jurista siciliano. La ley reintroducía el concepto de «sospecha legítima»: cualquier ciudadano encausado puede reivindicar que existe una sospecha legítima de no neutralidad del tribunal y pedir que su juicio se traslade a otro lugar. En virtud de este concepto solicitaron los abogados de Berlusconi que los juicios clave contra su cliente y contra Cesare Previti se transfirieran de Milán a Brescia. Semejante jugada, con sus retrasos concomitantes, hubiera sin duda llevado prácticamente a la aplicación del estatuto de limitaciones. Sin embargo, en una sentencia espectacular del 30 de enero de 2003, la Corte di Cassazione dictaminó que los juicios tenían que mantenerse en Milán. Tanto el bloqueo del intento de Castelli de traslado de un juez en el proceso de Mondadori como el dictamen de la Corte di Cassazione respecto a la cuestión de la «sospecha legítima» son indicadores de una fuerte dialéctica en marcha dentro de la judicatura italiana. En el último apartado de este artículo, volveré en más detalle sobre la cuestión de tales resistencias, institucionales y no.

La falta de ductilidad de los jueces ha hecho crecer todavía más la determinación del gobierno de Berlusconi para llevar a cabo una reforma radical del sistema judicial. No queda lugar a dudas de que el sistema judicial italiano necesita de reformas, puesto que es uno de los más lentos y menos eficaces de Europa. Además, abusa de la «detención preventiva» –en Italia no existe el *habeas corpus*– y sobrevalora el testimonio de quienes se hacen testigos del Estado. El sistema penitenciario está a punto de estallar, con 50.000 reclusos apelotonados en celdas construidas para

⁶⁰ B. SPINELLI, «Sotto sorveglianza», *La Stampa*, 9 de diciembre de 2001.

albergar a la mitad de personas. La propia judicatura, a la que la Constitución de 1948 dotó de poderes de amplio alcance, debe aceptar su parte de responsabilidad en el actual estado de cosas⁶¹. Sin embargo, lo que está en juego no es meramente una cuestión de eficacia, ni la mitigación de un sistema brutal, por más fundamentales que ambas cuestiones sean. El gobierno de Berlusconi tiene la intención de meter en cintura a los jueces, de destruir esa autonomía hija de la Constitución de 1948 y que alcanzó su madurez a partir de finales de la década de 1960. En caso de tener éxito, el gobierno socavará fatalmente la judicatura más independiente de Europa.

Berlusconi en guerra

El espacio no permite tratar en profundidad otros aspectos de la gestión del gobierno de Berlusconi: de la política cultural a las privatizaciones; de la inmigración a las pensiones y la administración pública. Pero estamos en la obligación de hacer alguna mención a la política exterior, porque es en este campo en el que el electorado juzgó a Berlusconi de manera más favorable al final de su primer año en el poder. En un principio, a instancias del presidente de la República, Berlusconi había nombrado a Renato Ruggiero, antiguo director general de la Organización Mundial de Comercio, para el cargo de ministro de Asuntos Exteriores. Tras seis meses de discusiones con sus compañeros del Consejo de Ministros italiano, celosos, con una dirección política más clara y euroescépticos, el 6 de febrero de 2002, Ruggiero dimitió. El propio Berlusconi tomó de inmediato las riendas del Ministerio de Asuntos Exteriores. Durante la mayor parte del resto del año, hasta que dejó el cargo en manos de Franco Frattini, de Forza Italia, Berlusconi se esforzó, con evidente deleite, en dar a los italianos la impresión de que bajo su jefatura Italia tenía más peso en Europa y en el mundo. La sincronía de sus opiniones con las del presidente estadounidense le ayudaron sin lugar a dudas en su camino. Y las esporádicas meteduras de pata, tales como su célebre comentario sobre la superioridad de la cultura occidental con respecto al islam, no parecieron perjudicarle más que de manera pasajera, por lo menos entre la mayoría del electorado italiano.

Los asuntos exteriores le proporcionaron un nuevo escenario en el que proyectar su talento nada despreciable para la creación de imágenes y la fabulación. La cumbre de la OTAN del 28 de marzo de 2002, en la base militar de Pratica di Mare, al sur de Roma, fue un ejemplo excelente a este respecto. Berlusconi se esforzó en extremo por presentar la cumbre a los italianos como un acontecimiento histórico excepcional, que marcaba la integración de la Rusia ex comunista en la alianza. Al mismo tiempo, se presentó a sí mismo como una figura clave en la mediación entre los presidentes estadounidense y ruso. Prácticamente todos los medios de comunicación de masas italianos,

⁶¹ Para una severa crítica de las últimas actuaciones de la judicatura italiana, véase Perry ANDERSON, «Land Without Prejudice», *London Review of Books*, 21 de marzo de 2002.

tanto audiovisuales como escritos, le siguieron en esta representación del evento. La cumbre había sido «de las que hacen época», había cambiado el «curso de la historia del mundo», Berlusconi, personalmente, había «puesto fin a la Guerra Fría», el encuentro había coronado su «titánico esfuerzo de mediación entre las dos grandes potencias». Alrededor de todo esto había no poco de los acontecimientos puestos en escena en la década de 1930. Sólo que era una lástima, tal y como señaló el irreverente periodista italiano Curzio Maltese, que el resto del mundo no hubiera advertido la enorme importancia de lo que había sucedido⁶². De los veinte principales periódicos europeos y estadounidenses, sólo uno, el *Frankfurter Allgemeine*, había considerado que Pratica di Mare mereciese una portada. En ninguno de ellos había ninguna referencia al papel fundamental de Silvio Berlusconi. Prácticamente todos ellos juzgaron de mayor interés, por lo que a Italia respecta, la crisis en la Fiat. Para los estadounidenses lo que importaba era el encuentro entre Bush y el Papa y el escándalo de los curas católicos pedófilos.

Con el acercamiento de la guerra, sin embargo, ni siquiera la formidable máquina propagandística nacional de Berlusconi podía encubrir las contradicciones de su política. Su relación servil con Bush y las antiguas políticas atlantistas de Italia hicieron al país ingresar tempranamente en la *Coalition of the Willing* [coalición de los partidarios] en el ataque contra Iraq y convirtieron a Berlusconi en un firmante de la carta proguerra «United We Stand» [«Unidos resistimos»] dirigida al *Wall Street Journal* el 30 de enero de 2003. Semejante postura, sin embargo, desafiaba un fuerte sentimiento católico y, pecado entre todos los pecados, los sondeos de opinión, que en febrero de 2002 registraban cerca de un 90 por 100 de oposición a la guerra. El apoyo de Berlusconi se hizo claramente más *sotto voce*. Al final, declaró que Italia era no beligerante —el artículo 14 de la Constitución italiana repudia explícitamente la guerra como vía de resolución de controversias internacionales— aunque, al mismo tiempo, «solidaria» con el esfuerzo bélico angloestadounidense; una postura retorcida donde las haya. Al igual que en el caso de Alemania, todas las instalaciones permanecieron a disposición de los estadounidenses y la base de Vicenza, en el nordeste italiano, proporcionó la plataforma de despegue de los paracaidistas estadounidenses que cayeron sobre el norte de Iraq en la última semana de marzo de 2002. Sin ser ningún Blair, ni tan siquiera un Aznar, la habilidad que Berlusconi ha demostrado a escala nacional para cambiar de estratagema y asumir altos riesgos no se ha transferido fácilmente al escenario internacional.

Tambaleos en la rampa de descenso

En un momento de tranquilidad a principios de junio de 2002, Berlusconi explicó a los periodistas italianos el carácter esencialmente paternal de

⁶² «La Nato e Berlusconi, una fiaba italiana», *La Repubblica*, 30 de mayo de 2002; P. di CARO, «La gioia di Berlusconi: “Tutto merito nostro”», *Corriere della Sera*, 29 de mayo de 2002.

sus funciones como jefe del gobierno. Desde el Consejo de Ministros, el Parlamento y la sociedad llegaban muchas peticiones de gasto público, «al igual que una mujer pide un nuevo calentador cuando ya se ha llamado al electricista demasiadas veces; una hija, dinero para apuntarse a un curso de inglés, y un hijo, para cambiar el coche familiar. Pero nosotros, exactamente igual que un padre, debemos discernir con buen sentido entre las distintas peticiones»⁶³. Las cosas no han funcionado así en absoluto. La deficiente actuación del gobierno de Berlusconi se presta a distintas explicaciones. Una estriba en el «exceso de promesas» que, tal y como sugieren Mény y Surel, constituye una característica típica del populismo moderno. En el caso de Berlusconi, las promesas, como hemos visto, fueron solemnes y se escenificaron por televisión. Por ahora, se han cumplido muy pocas de ellas. Otra explicación, muy propagada por el veterano comentarista político Gianpaolo Pansa, se centra en la calidad del equipo de Berlusconi. Su proyecto puede ser ambicioso, pero el capital humano empleado en él es en su mayor parte mediocre y carece de experiencia. Una tercera explicación posible, ya mencionada, alude al declive económico, que ha hecho mucho más difícil satisfacer las expectativas.

Todas estas explicaciones contienen muchas recomendaciones para el equipo de gobierno, pero han de situarse en el contexto más amplio de las tensiones que existen entre las distintas fracciones –patrimoniales, populistas, liberales– del proyecto de Berlusconi. La primacía de los intereses personales del propio Berlusconi, la forma en la que han inundado el espacio público y su necesaria defensa en circunstancias delicadas y francamente sospechosas han pasado factura. Aunque los italianos no hayan demostrado ser particularmente sensibles a cuestiones como las de la incompatibilidad de intereses y la de la autonomía de la judicatura, en la actualidad alrededor de un 65 por 100 de ellos piensa que, si se declara a Berlusconi culpable de sobornar a jueces, debería dimitir⁶⁴. Durante mucho tiempo, Berlusconi explotó el hecho de que sus ambiciones patrimoniales no sólo no perjudicaban su atractivo populista, sino que lo acrecentaban. Existen signos, evidentes aunque no decisivos, de que estos dos elementos están entrando en conflicto entre sí.

En segundo lugar, el neoliberalismo de algunos de sus ministros más activos –Letizia Moratti, por ejemplo–, con su insistencia en la privatización y en un mercado de trabajo sumamente flexible y con el correspondiente debilitamiento de los derechos de los trabajadores y de los ciudadanos, resulta abominable para un proyecto populista, que busca tranquilizar e integrar, no atomizar y dividir. El deterioro económico, con sus despidos y con la creciente sensación de riesgo, ha acentuado obviamente tal contradicción. El neoliberalismo ejercía gran influencia y fascinación en sus inicios, hace más de vein-

⁶³ R. de GENNARO, «Berlusconi felice», *La Repubblica*, 1 de junio de 2002.

⁶⁴ Sondeo de opinión de SWG del 30-31 de enero de 2003, citado en *L'Espresso*, 13 de febrero de 2003.

te años. La «mano invisible» del mercado parecía ofrecer infinitas posibilidades de consumo y de ascenso social a los individuos y a sus familias. Una versión «tardía» y gastada, en circunstancias globales muy diferentes, no parece poseer tales poderes alquímicos. La principal preocupación de los italianos, revelada en todos los sondeos de opinión, es encontrar y mantener un trabajo. Los recortes neoliberales del gasto público, en un periodo de declive económico, ofrecen muy poca confianza en este sentido.

Tampoco ha pasado inadvertida la contradicción entre una filosofía de libre mercado y un control personalista y en ocasiones monopolista de los recursos y de las oportunidades, como en el campo de las comunicaciones. Hace muy poco, un grupo de hombres de negocios del nordeste del país, entre los que se encontraba Luciano Benetton, escribió al primer ministro. Los firmantes de la carta se quejaban amargamente de que se les estaba impidiendo invertir en las regiones meridionales donde la Casa de las Libertades ostentaba el poder político. «Con demasiada frecuencia –escribían los industriales– representantes locales de su coalición se comportan como si el contrato con los italianos que usted firmó fuera simplemente una cuestión que atañera a su propia persona»⁶⁵.

Silvio Berlusconi no ha obtenido buenos resultados hasta la fecha y los últimos acontecimientos han complicado en enorme medida su proyecto. No obstante, no se le debería minusvalorar bajo ningún concepto. No tiene ninguna intención de dimitir y siempre ha mostrado disponer de reservas muy considerables de energía y de determinación en periodos de dificultad. A mediados de marzo de 2003, el 44 por 100 de los italianos seguían siendo firmes partidarios de su Casa de las Libertades, lo cual acredita la influencia duradera y penetrante de su proyecto global⁶⁶.

IV. RESISTENCIAS

En el seno del Estado, la judicatura ha sido el poder público que ha sufrido el ataque más duro. La falta de todo sentido de los límites demostrada por la Casa de las Libertades y su necesidad antropológica de verse libre de cualquier restricción hacía este ataque inevitable, aunque su presidente no hubiera estado implicado personalmente en diversos procesos. En su mayoría, la judicatura ha respondido con tenacidad y resolución. Históricamente, ha distado mucho de ser un grupo unido y se ha visto más bien desgarrada por las influencias políticas y por la lucha entre fracciones. Berlusconi les ha impuesto una cohesión que hubiera resultado impensable bajo otras circunstancias.

⁶⁵ «Silvio remembri ancor», *Venerdì de la Repubblica*, 14 de febrero de 2003.

⁶⁶ Sondeo de opinión de Abacus, citado en M. GIANNINI, «Il cortocircuito del Cavaliere», *La Repubblica*, 20 de marzo de 2003. Ésta era la cifra para los escaños uninominales en el Congreso de los Diputados, con la Coalición del Olivo obteniendo un 46 por 100 y Rifondazione Comunista un 6 por 100.

En muchos sentidos, la inauguración del año judicial, un acontecimiento de pompa y solemnidad en el calendario institucional italiano, del 12 de enero de 2002 constituyó un punto de inflexión fundamental. Un número significativo de jueces y magistrados —en Italia orgánicamente conectados al formar parte de la misma estructura profesional⁶⁷— abandonaron las ceremonias de inauguración en sus respectivas ciudades, dejando togas negras cubriendo simbólicamente los puestos abandonados. Francesco Saverio Borrelli, fiscal general de Milán y figura central de la campaña Manos Limpias desde 1992, pronunció su último discurso antes de su jubilación. Invitó a la judicatura a «resistir, resistir, resistir», tal y como alentara a hacer el general Cardona al ejército italiano en el frente del Piave durante la Primera Guerra Mundial durante las semanas críticas de octubre y noviembre de 1917, cuando los austríacos parecían preparados para abrirse camino hasta la llanura del Po. De las palabras de Borrelli tomarían ejemplo muchas de las acciones subsiguientes de la sociedad civil. Posteriormente, durante ese mismo año, los jueces organizaron una huelga de un día con sumo éxito y el ataque verbal de Berlusconi contra la judicatura a raíz de la decisión con respecto a la ley Cirami («no son más que una corporación que actúa exclusivamente en interés propio») condujo a un ulterior cierre de filas.

Sin embargo, nadie debería poner la mano en el fuego por la victoria de la judicatura en este desafío. No es fácil detener a un ministro de Justicia endiabladamente empeñado en poner en marcha determinadas reformas, con una mayoría parlamentaria holgada tras él y más de tres años de legislatura por delante. La composición del Consejo Superior de la Magistratura ya se ha modificado, concediéndose mayor representación a los cargos políticos. Además, no está claro cuánto apoyo se puede recaabar de otros sectores del aparato estatal. Si por un momento volvemos a la cuestión de qué anticuerpos ofrecen los Estados democráticos ante un poder que acaba de personalizarse, entonces el caso de Italia no es muy alentador. La falta de una escala de valores coherente de la función pública en muchos sectores de la Administración, la incertidumbre acerca de la vigencia incontestable del imperio de la ley y la tradición del *trasformismo*, es decir, la buena disposición de los políticos y de los gestores para abandonar opiniones mantenidas durante largo tiempo y adaptar sus principios a circunstancias políticas nuevas: todo esto aboga en contra de una resistencia institucional prolongada y coherente al proyecto de Berlusconi. La oposición que provendrá del interior del Estado será de un tipo más pasivo. En la República italiana, la aprobación de legislación y su aplicación subsiguiente constituye con frecuencia una secuencia de actos complicada y plagada de accidentes. Hacer aprobar una reforma, del tipo que

⁶⁷ Al igual que en el Estado español, pero a diferencia del Reino Unido, donde *magistrates* (jueces encargados de los casos menores y de los procesos de instrucción) y *judges* (jueces de rango superior, encargados de las vistas orales y de dictar sentencia en todos los casos excepto los menores) constituyen carreras separadas, de ahí que el autor haga esta precisión [N. de la T.].

sea, es un trabajo laborioso. El obstruccionismo parlamentario, la ausencia de cooperación y eficacia administrativa y el recurso al derecho administrativo no son más que algunos de los mecanismos que pueden socavar el programa del gobierno. Berlusconi y sus socios han sentido ya los efectos negativos de estos *longueurs* de procedimiento.

La posición del presidente de la República es particularmente delicada. El presidente tiene poderes limitados de intervención, pero se espera de él que establezca el tono moral y político del país. Suyo es el mensaje de Año Nuevo a los italianos, suya la tarea casi diaria de pronunciar discursos en los actos oficiales. En la época de la campaña Manos Limpias a principios de la década de 1990, fue el presidente de la República, el ex democristiano Oscar Luigi Scalfaro, quien concedió respaldo explícito a la ofensiva anticorrupción de la minoría reformadora de los jueces. El actual ocupante del Quirinale, un antiguo gobernador del Banco de Italia y ex primer ministro, Carlo Azeglio Ciampi, ha optado por una línea mucho más cauta. Ha dejado claro que la mayoría parlamentaria del centro-derecha le otorga pleno derecho para gobernar, pero al mismo tiempo ha intentado ejercer cierto control sobre sus actuaciones. Por consiguiente, ha trabajado entre bastidores, proponiendo y modificando cuando se ha dado la ocasión. Tal y como apuntábamos anteriormente, presionó a un Berlusconi reticente para el nombramiento de Renato Ruggiero e insistió en la modificación de una frase crucial en el texto de la ley Cirami, proporcionando así mayor espacio de maniobra al Tribunal de Apelación. Sus intentos de política bipartidaria le han hecho ganarse la gratitud de la mayoría del gobierno (a excepción de la Liga Norte) y de la mayor parte de la oposición. Su índice de popularidad es superior al de cualquier otra figura del país.

Sin embargo, en más de una ocasión el control aparente ha rayado la complicidad. El presidente de la República nunca ha hecho explícitos los efectos corrosivos de las actuaciones del gobierno para la democracia italiana. Dos factores juegan un papel en este contexto. Uno es la naturaleza de la propia presidencia. De acuerdo con la Constitución italiana, tiene poderes limitados y el palacio del Quirinale –tal y como en el pasado nos enseñó el comportamiento estrafalario de más de uno de sus ocupantes– no es un buen lugar desde el que comprender la historia o la sociedad italianas. Su aislamiento y la agenda interminable de compromisos formales, con la presencia constante en ellas de la Italia «oficial», pasan factura. En segundo lugar, Ciampi tiene más de ochenta años. Sigue tan astuto como siempre, pero la edad parece haber acentuado esa predilección por la cautela y el compromiso que han constituido siempre un elemento marcado de su carácter. Su incansable propaganda patriótica, con su esperanzada visión de una nación unida por sus virtudes (y su himno nacional), y no dividida por sus vicios, resulta sumamente reveladora a este respecto. La unidad de una comunidad democrática constituye un bien precioso, pero tiene que estar fundada en cierto número mínimo de fundamentos no negociables.

Por lo que respecta a la oposición parlamentaria de la coalición del Olivo, ha sido titubeante desde el principio, atrapada entre su propio deseo de negar que estuviera sucediendo nada importante y la evidencia diaria e inconfundible de que algo crucial estaba pasando. Durante siete meses, desde junio de 2001 hasta enero de 2002, la oposición permaneció en coma. En este periodo de tiempo, la opinión predominante era que la Casa de las Libertades no representaba ninguna amenaza fundamental y que, en muchos sentidos, iba a hacer lo mismo que hubiera hecho el centro-izquierda, sólo que con mucha menos competencia. De sus filas no surgió ningún análisis serio del proyecto de Berlusconi, mucho menos una crítica de sus propios años en el gobierno. En cambio, como siempre, se consumió mucha energía en las maniobras para conquistar posiciones entre los sectores y líderes que constituían la coalición. La política del Olivo siguió siendo extraordinariamente autorreferencial, confinada casi por completo al palacio parlamentario de Montecitorio. Y Rifondazione Comunista, aprisionada en un gueto de fabricación propia, era demasiado pequeña para cambiar algo en un sentido u otro.

A partir de enero de 2002, esta situación deprimente se transformó radicalmente gracias a una oleada de protestas, tan extensa como inesperada, que se propagó por muchos sectores de la sociedad civil italiana. Aunque los actores de esta protesta con frecuencia se solapaban y colaboraban unos con otros, es posible discernir tres vectores distintos: el primero de ellos estaba formado por un movimiento sindical revitalizado, centrado en torno a la CGIL y a su líder Sergio Cofferati. La CGIL organizó en marzo de 2002 lo que se convertiría en la manifestación más grande de la historia de la República, que reunió en Roma, en el Circo Massimo y alrededores, entre dos y tres millones de personas provenientes de todas las regiones de la península. La protesta iba dirigida contra la propuesta del gobierno de abolir el artículo 18 del Estatuto de los Trabajadores de 1972, que prohíbe a los empresarios despedir a trabajadores «sin una causa justa».

El segundo vector lo constituía un movimiento en gran parte de clase media, motivado principal pero no exclusivamente por cuestiones de justicia y de pluralismo de la información. También en este caso la protesta recibió su consagración bajo la forma de una extraordinaria manifestación, esta vez en la Piazza San Giovanni de Roma, en septiembre de 2002. Nacida del ultraje sentido a raíz de la propuesta de ley Cirami, la manifestación reunió a más de 800.000 personas, en la *piazza* más grande de Roma y en sus alrededores. Era autofinanciada y no contaba ni con la presencia ni con la ayuda de los partidos de centro-izquierda. Nanni Moretti, el excepcional director de cine italiano, pronunció el discurso inaugural; el antiguo líder sindical Vittorio Foa, de 91 años de edad, uno de los finales.

El último vector es el del nuevo movimiento global, que se alimenta sobre todo de la generación que ahora tiene entre 18 y 25 años y que está laxamente federada en los foros sociales de todas las principales ciudades ita-

lianias. Los foros sociales de Italia son los más fuertes y activos de Europa y, en reconocimiento de este hecho, el primer Foro Social Europeo se celebró en Florencia en noviembre de 2002. El evento, tal y como mencionábamos antes, condujo a un brote de histeria de masas en los medios de comunicación y en el Parlamento. Cerca de 40.000 personas de toda Europa participaron y el foro concluyó con otra manifestación masiva y pacífica contra la inminente amenaza de guerra en Iraq. Alrededor de un millón de personas salieron a la calle. El 15 de febrero de 2003, coincidiendo con otras manifestaciones mundiales, unos dos o tres millones de personas volvieron a manifestarse en Roma.

Esta secuencia de acontecimientos, que hizo de 2002 uno de los años más notables de la historia reciente italiana, se presta a una serie de comentarios. El primero se refiere a los números. En una época en la que los comentarios sociológicos dominantes insistían en la apatía esencial y, de hecho, «permanente» de las sociedades contemporáneas más desarrolladas, el número de gente que participó en las protestas italianas sobrepasa no sólo las expectativas más locas de los organizadores, sino también el número de participantes en anteriores protestas de masas en Italia, incluso durante el «otoño caliente» de luchas obreras de 1969-1970. Otro rasgo sorprendente es la presencia masiva de manifestantes cultos de clase media, enfurecidos por las actuaciones de Berlusconi, pero también cada vez más impacientes con la calidad y la dirección de la coalición de centro-izquierda. Un profesor universitario florentino, Francesco *Pancho* Pardi, geógrafo, denunció a los dirigentes del Olivo en la Piazza Navona de Roma el 2 de febrero de 2002 por sus errores en el gobierno y por su insípida oposición. Cuando estos mismos dirigentes prosiguieron con sus discursos preparados como si él nunca hubiera hablado, Nanni Moretti se puso en pie sobre el podio para pronunciar un discurso breve y memorable que concluía con las siguientes palabras: «Con este grupo al mando, no volveremos nunca a ganar unas elecciones». A partir de ese momento, la política de izquierdas en Italia ya no sería la misma.

A las clases medias italianas se las ha denunciado durante mucho tiempo por su egoísmo e indiferencia. Sin embargo, la monotonía y la previsibilidad de semejantes comentarios ocultaba el surgimiento de una clase media «reflexiva», concentrada en su mayor parte en la administración pública, en los escalafones más bajos de los cuerpos profesionales y en sectores de los medios de comunicación de masas y de la «nueva economía». Estos miembros de las clases medias miraban críticamente el modelo de modernidad de Italia, así como el papel que se les adscribía en el mismo⁶⁸. Insistían, en cambio, y con vehemencia creciente, no sólo en la defensa de la democracia contra el gobierno de Berlusconi, sino también

⁶⁸ Para una discusión de este tema en mayor profundidad y algunas comparaciones europeas, Paul GINSBORG, *Italy and its Discontents*, Londres, 2002, pp. 42-44, 66. Véase también un intenso debate en Ulrich BECK, Anthony GIDDENS y Scott LASH, *Reflexive Modernisation*, Cambridge, 1994.

en su necesidad de renovación profunda. A lo largo de 2002, un número significativo de ellos adoptaron como tema no sólo la autonomía de la judicatura y el pluralismo de la información, sino también la democracia participativa, el comercio justo y el consumo responsable, los derechos de los inmigrantes y la crítica al narcisismo y al arribismo de gran parte de la clase política del centro-izquierda. Sus protestas tomaron varias formas: la más famosa fue el *girotondo*, en la que los manifestantes se cogen de la mano en una serie de círculos concéntricos en movimiento para rodear un edificio público u otro objetivo. Tribunales de justicia, estudios de televisión y otros edificios públicos que había que proteger simbólicamente se convirtieron en lugares para este tipo de manifestaciones. Entre otras formas de organización, figura la creación de asociaciones, redes y Laboratorios para la Democracia, de los cuales el florentino fue el primero y el más influyente. La erupción de esta nueva protesta, autónoma y de clase media, en la sociedad italiana ha atraído la atención de varios observadores extranjeros⁶⁹.

¿Hacia una nueva oposición?

A pesar de los aspectos a menudo innovadores de los distintos sectores de las protestas del último año, debemos tener cuidado de no exagerar su fuerza. El movimiento es bastante desigual y en algunas regiones del país es prácticamente inexistente. Si Florencia y la Toscana han constituido su epicentro, Bolonia y la Emilia Romana han sido menos activas de lo que habría cabido esperar. Algunas ciudades septentrionales en otro tiempo enclaves históricos de elaboración y experimentación de izquierdas, como Turín, apenas se mueven. En el sur, se ha registrado cierta actividad en Nápoles y Palermo, pero extensas áreas de las provincias meridionales no se han visto afectadas más que marginalmente, tal y como sucedió en el pasado en tantas ocasiones. La componente sindical del movimiento ha atravesado sus propias dificultades, porque los sindicatos más moderados, CISL y UIL, se han negado a seguir el ejemplo de la CGIL. Aquella unidad del movimiento obrero, que fue uno de los objetivos más perseguidos por la izquierda italiana y uno de los resultados más positivos de las luchas de las décadas de 1960 y 1970, se ha perdido en la lejanía. El activismo del nuevo movimiento global, que ha demostrado a través de los foros sociales de las ciudades una capacidad notable para coordinar grupos muy dispares (católicos, socialistas revolucionarios, sindicatos, medioambientalistas, etc.), sigue sin decaer, aunque ha resultado difícil mantener el impulso después del Foro Social Europeo de Florencia. El movimiento por la paz, como es lógico y natural, ha venido a ocupar la mayor parte de la atención y de la energía.

⁶⁹ Véase, por ejemplo, R. ARENS, «Italiens neue Apo» y «Italiens Mitte bewegt sich doch», *Frankfurter Rundschau*, 6 de marzo de 2002.

La oleada de protestas, que ha implicado a grupos, en parte solapados entre sí, de jóvenes, sindicalistas y clases medias «reflexivas», no ha encontrado todavía una salida política satisfactoria. Los Demócratas de Izquierda se han pasado el último año organizando debates sobre la relación entre el movimiento y los partidos, sin cambiar en ningún sentido significativo su política o su modo de comportamiento. La gente ha reaccionado con desconfianza a las convocatorias de primarias para decidir las candidaturas del partido. Massimo D'Alema ha adoptado sistemáticamente una actitud hostil y arrogante hacia las protestas; muchos miles de administradores municipales, provinciales y regionales de los DS, temiendo jugarse la carrera, le han concedido todo su apoyo. Por lo que respecta a Rifondazione Comunista, cuenta con el respaldo entusiasta de parte del nuevo movimiento global, pero poco más. Su dirigente, Fausto Bertinotti, no tardó ni un momento en condenar las nuevas protestas de clase media por «pequeñoburguesas» y en todo caso secundarias con respecto al «movimiento de movimientos». Los dogmas no mueren con facilidad.

La figura más popular de la izquierda es probablemente Sergio Cofferati, que abandonó hace poco la CGIL al terminar su mandato como secretario general. En estos momentos, parece atento y respetuoso hacia todos los sectores de la sociedad civil italiana e interesado en experimentar con nuevas formas de colaboración entre los movimientos y los partidos políticos del centro-izquierda. Políticamente, se mantiene fiel a los DS. La base de este partido y, de hecho, gran parte de la sociedad civil se oponen con firmeza a la idea de fundar otra formación política más. Al propio Cofferati le gustaría ver unos DS profundamente renovados como elemento principal de una nueva coalición del Olivo. Sin embargo, cuesta imaginar cómo podría triunfar un proyecto semejante dentro de los confines estrechos y hostiles del partido existente.

La izquierda italiana y la coalición del Olivo siguen resultando, por consiguiente, inestables y propensas a la escisión, una representación política inadecuada de las fuerzas que se movilizaron durante el año 2002. La necesidad imperiosa de unirse a fin de derrotar la coalición de Berlusconi generará sin duda algunos movimientos centrípetos y la perspectiva del liderazgo de Romano Prodi, una vez que haya vuelto de Bruselas en 2004, cuenta con amplio respaldo. No obstante, las fuerzas centrífugas y enfrentadas siguen siendo más insidiosas y poderosas. Por desgracia, la historia está de su parte. En los próximos meses, harán falta dotes excepcionales de pragmatismo e idealismo, de habilidad para el compromiso así como para la movilización. Hasta el momento, las pruebas de este tipo de dotes han tendido a escasear.